

# Sociedades indígenas del sudeste de Costa Rica, siglo XVI

## Indigenous societies of the south east of Costa Rica, 15<sup>th</sup> century

Claudio BARRANTES CARTÍN

**Resumen:** Intento por ordenar la información etnohistórica de la región tomando como referencia las entradas de los españoles en el siglo XVI y la ocupación espacial de las etnias de entonces según las fuentes históricas, confrontado con algunas tradiciones orales conservadas por los borucas que confirman el tipo de organización social vigente en ese tiempo, y la ocupación diferenciada entre la costa y la cuenca intermedia del río Diquis.

**Palabras clave:** sociedades indígenas, expediciones, Gran Chiriquí, Sierpe, Osa, Gil González Dávila, Juan Vázquez de Coronado, Cebaca, Coto y Cabra, palenque, Kóktú, Valle del Guaymí, Corrohore, Boruca, Guaycara-Cía.

**Abstract:** Ethnohistoric data about indigenous people of south-eastern Costa Rica is analysed with reference to the arrival of the Spanish in the sixteenth century. The spatial distribution of ethnic groups after that time is determined from historical sources and from the oral traditions of the Boruca people. This confirms the type of social organisation in use at the time, and can differentiate between occupation of the coastal area and of the middle part of the Diquis river basin.

**Key words:** Indian societies, expeditions, Great Chiriqui, Sierpe, Osa, Gil Gonzalez Dávila, Juan Vázquez de Coronado, Cebaco, Coto and Cabra, palenque, Kóktú, Valley of Guaymi, Corrohore, Boruca, Guaycara-Cia.

El sureste de Costa Rica y el occidente de Panamá formaron la denominada Región Arqueológica Gran Chiriquí, y a su vez la parte costarricense es conocida como la Subregión Arqueológica Diquis<sup>1</sup>, destacado ejemplo de ocupación cultural continua por lo menos a partir del año 1500 a.C.

El período que culminó con la llegada de los españoles se destaca por sitios de ocupación extendidos que reflejan una sociedad especializada. Como muestra los ejemplos de escultura monumental que han sobrevivido, tanto las esferas y estatuas de piedra asociadas a los poblados como la exquisita orfebrería y otros rasgos que la arqueología nos muestra.

Para conocer sobre estas sociedades de la Subregión en el siglo XVI se depende de la información generada por dos fuentes, una de ellas la expedición de Gil González Dávila a lo largo de la costa en 1522, que por escasa no permite especular sobre la cantidad de sociedades existentes. Lo notorio es que fueron los primeros europeos en recorrer la franja costera del Pacífico de lo que habría de ser nuestro país, y por lo menos mencio-

na los sitios más importantes visitados en su jornada.

La segunda fuente son las expediciones de Juan Vázquez de Coronado en 1563 y 1564, que son más generosas en este sentido y permiten referirse al llamado cacicazgo de Coto integrado por ese sitio, Boruca, Cabra y Cebaca sin descartar que hubiera más lugares sobre los que las fuentes callan, no siendo de extrañar puesto que los españoles buscaban comunidades de rango que aportaran oro y mano de obra.

La región integraba con la provincia de Chiriquí, occidente panameño, un conjunto cultural lo que explica que durante el período colonial siguieron relacionados.

### Litoral

#### Osa

Una vez descubierto el océano Pacífico era cuestión de tiempo que aparecieran europeos explorando sus costas, uno de ellos Gil González Dávila, contador de la Isla Española quien firmó en junio de 1519 un contrato con el rey para ir a descubrir hasta mil leguas por las costas del Pacífico hacia el Poniente. Luego de una serie de luchas con el Gobernador Pedrarias cruzó el Is-

<sup>1</sup> CORRALES ULLOA F. & A. BADILLA CAMBRONERO (2005): El paisaje cultural Delta del Diquis. — Museo Nacional de Costa Rica, UNESCO: p. 4.

**Fig. 1:**  
Expedición  
de Gil González  
Dávila, imagen  
idealizada por  
Figueroa<sup>6</sup>.



tmo decidido a construir las cuatro naves que necesitaba, haciéndose a la vela el 21 de enero de 1522<sup>2</sup>.

Desembarcó en Chiriquí por problemas para navegar por lo que decidió continuar por tierra mientras reparaban las naves y con cien hombres avanzó más allá de Burica, sitio donde se estacionó aguardando a su piloto Andrés Niño con cuatro embarcaciones. El Lic. Pedro Pérez Zeledón opina que la expedición.

“... salió de P. Burica y por la costa llegó a la entrada del golfo, que siguió luego por la costa oriental de éste hasta la boca del Coto, que de allí siguió aguas arriba este río y llegó a Cañas Gordas, de allí al Paso real y de allí al delta del Terraba, frente a Boruca actual. De allí al mar por el río Terraba, aguas abajo<sup>3</sup>.”

Pero una opción diferente de la mencionada ruta puede ser que al ingresar a territorio hoy costarricense llegaron a Punta de Banco<sup>4</sup>, donde contemplaron el Golfo Dulce en la comunidad de un cacique de nombre Osa, por lo que llamaron al golfo que tenían ante su vista “de Osa”. Según la distancia indicada en el itinerario de Andrés de Cerezeda, tesorero de la expedición, “ocho leguas adelante<sup>5</sup> de Burica.

Recogieron algún oro y continuaron jornada hasta la boca del río Coto, en cuya cercanía estaba el sitio del cacique Boto. Aunque su localización es incierta, es probable que Boto y Coto sean un mismo toponímico asociado con personajes del mayor rango en aquellas sociedades por las comunidades que existieron en las vecindades de Corredores, La Vaca y la Vaquita, cuyos cementerios causaron asombro entre los huaqueros de la región en pleno siglo XX.

Creemos que de Boto, González Dávila fue trasladado por mar hasta la boca del río Esquinas por su piloto Andrés Niño, y de ese punto tomó un camino montaña adentro alejándose de la costa. Era ineludible que la expedición se dirigiera tierra adentro para encontrar lugares poblados, según les informaron sus guías. En 1896 Pittier recorrió el tramo Boruca-Golfo Dulce, parte de esa antigua vía que los borucas conservaron hasta muy recientemente.

“... Salimos de Boruca y recorrimos el camino que sigue primero las crestas de la llamada Cordillera del Golfo hasta su punto culminante, el Palmital, y luego desciende por la Cuesta de Sankraua de rapidísimo declive hasta el río del Balsar que desemboca en los esteros de Sierpe. Del pie de la bajada nos dirigimos al este cruzando el río Sávalo hasta el río de las Esquinas, en donde nos esperaban las embarcaciones que debían transportarnos hasta Santo Domingo de Osa<sup>7</sup>.”

Entre Esquinas y Coto el camino iba a través del valle conocido hoy como Chánguina, hasta alcanzar Coto en la periferia de las sabanas “doce leguas adelante la tierra adentro<sup>8</sup>.”

## Sierpe

En el delta del río Grande de Térraba, del Sierpe y probablemente aledaño al Golfo Dulce existieron numerosas poblaciones, en lo que la arqueóloga Doris Stone llamó el “Llano del río Grande de Térraba”, donde destacaban las esferas de piedra características, una exuberante lítica y cantidad de depósitos arqueológicos que sugieren una alta densidad de ocupación<sup>9</sup>, lo que luego confirma el Dr. Claude F. Baudez y su equipo al considerarlo una posible capital regional donde concentraban poder y autoridad<sup>10</sup>.

Es probable que en este espacio existiera un cacicazgo cuyo declive coincidió con la llegada de los españoles, no por esa razón sino por la correlación de fuerzas regionales que se gestaba por la irrupción de Coto, que culminó con la extinción de la gente de la costa.

En 1896 cuenta Pittier:

“... parece resultar de las vagas tradiciones que conservan los brunka, que las varias naciones de esta región sostuvieron entre sí dilatadas guerras en las que aquellos

<sup>2</sup> FERNÁNDEZ GUARDIA R. (1933): Historia de Costa Rica. El Descubrimiento y Conquista. — Tomo I, 3ª edición, Librería Alsina: p. 50.

<sup>3</sup> Pérez Zeledón P. (1943): Itinerario de Gil González Dávila. — Revista del Archivo Nacional, Año VII, N° 11 y 12: 580 y 581.

<sup>4</sup> Comunidad en el Distrito IV<sup>o</sup> Pavones del cantón Golfito, provincia de Puntarenas

<sup>5</sup> “Relación de las leguas que anduvo a pie el Capitán Gil González Dávila, número de Caciques e indios que bautizó y del oro que recibiera”, en VEGA BOLAÑOS A. (1954), Documentos para la Historia de Nicaragua, Tomo I<sup>o</sup>, Madrid: p. 85.

<sup>6</sup> Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, El Album de Figueroa, Índice de las Transparencias, Siglo XVI, 1-16

<sup>7</sup> PITTIER H. (1941): Materiales para el estudio de la Lengua Brunka hablada en Boruca recogidos en los años de 1892 a 1896. — Museo Nacional, Serie Etnológica, Volumen I, Parte II, Imprenta Nacional: p. 58.

<sup>8</sup> Idem, p. 86

<sup>9</sup> STONE D. (1943): Una inspección ligera del llano del río Grande de Térraba. — Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica, N° 4, Secretaría de Educación Pública, Editorial Trejos Hnos.: ps. 45 y 50.

<sup>10</sup> BAUZEZ C.F. (1993): Natalie Borgnino, Sophie Laligant y Valérie Lauthelin, Investigaciones Arqueológicas en el Delta del Diquis. — CEMCA, DRCSTE, Paris, France: p. 129.

quedaron por fin victoriosos. La lucha con los pueblos de la llanura de Sierpe, especialmente, fue muy reñida<sup>12</sup>.

Es evidente que quienes habitaron dentro o en la periferia de la Península de Osa se cuidaron de que los españoles no conocieran sus fuentes auríferas, cosa que lograron, pero a lo interno el asunto era diferente y el conflicto inevitable, como afirma Vázquez:

“... tienen continua guerra con sus comarcas por robarse el oro que sacan de sus minas, y sobre esto se cautivan unos a otros<sup>13</sup>.”

Cuando requirió a los caciques sobre el origen del metal precioso contestaron:

“... que lo cogían en un río, cuatro jornadas del dicho pueblo de Couto, y lo sacaban con jícaras granos muy grandes, y que un cacique del dicho pueblo llamado Uzaraci, labraba las dichas piezas<sup>14</sup>.”

Dicho río había sido de un pueblo llamado Ucacara<sup>15</sup>.

“... El cacique de Coctu me dio una aguillita que pesa hasta quince pesos de fino oro, la cual dice que sacó con otras catorce piezas de oro de su tamaño de seis cargas de oro que con ocho indios sacó del río dos meses antes que yo llegase<sup>16</sup>.”

Por su parte las autoridades borucas indicaron que el suyo lo obtenían del mismo río de los cotos, porque cada pueblo tenía el suyo<sup>17</sup>. Salvo la guerra de los cotos-borucas contra la gente de Sierpe, es difícil explicarse la causa del exterminio de dicha población en tan corto período, con todo en 1684 se menciona que la boca del río Sierpe se mantenía poblada por “indios de guerra”<sup>18</sup>, más tarde en 1804 el reductor de Boruca manifestó que había ido a un lugar en la costa llamado Draque, donde encontró varias figuras de piedra de tamaño considerable que destruyó pero que no pudo lanzar al mar por su peso<sup>19</sup>.

<sup>11</sup> Mapas del autor

<sup>12</sup> PITTIER H. (1897): “Páginas de”..., p. 126.

<sup>13</sup> “A S. M. el Rey D. Felipe II”, en Fernández GUARDIA (1908), Cartas de Juan Vázquez..., p. 50.

<sup>14</sup> “Probanza hecha a pedimento de Juan Vázquez de Coronado acerca de sus méritos y servicios”, en FERNÁNDEZ (1886), V<sup>o</sup>, p. 231.

<sup>15</sup> VÁZQUEZ DE CORONADO J. (1908): Al muy ilustre señor Licenciado Juan Martínez de Landecho, Presidente de la Audiencia de los Confines. — En Fernández GUARDIA, Cartas de Juan Vázquez..., p. 36.

<sup>16</sup> VÁZQUEZ DE CORONADO J. (1908): A S.M. el Rey D. Felipe II. — En Fernández GUARDIA, Cartas de Juan Vázquez ..., p. 51.

<sup>17</sup> Idem, p. 232

<sup>18</sup> Fragmento de la “Derrota General de la Navegación del Mar del Sur”, compuesta por D. Fernando MEHEDANO DE SAAVEDRA y CORDOVA, en FERNÁNDEZ (1907), VIII<sup>o</sup>, p. 462.

<sup>19</sup> Fernández L. (1975): Historia de Costa Rica durante la dominación española 1502-1821. — 2<sup>a</sup> edición, Editorial Costa Rica: p. 220.

<sup>20</sup> “Carta del Capitán Gil González de Avila a Su Majestad, dándole cuenta del descubrimiento de Nicaragua, Isla Española, 6 de marzo de 1524”, en Vega BOLAÑOS (1954), Documentos para ..., ps. 91 y 92.



**Fig. 2:** Probable ruta de la expedición de Gil González Dávila, 1522. Ubicación de sitios: 1 Charirabra, 2 Burica, 3 Osa, 4 Boto, 5 Couto, 6 Guaycara, 7 Durucaca, 8 Carobareque, 9 Arocora, 10 Cochira<sup>11</sup>.

Retomando la expedición de 1522, González Dávila cambió de rumbo en Guaycara para dirigirse a la costa llegando a Boruca donde se encontró con Andrés Niño, quien regresó a su navío. González continuó pero se detuvo en el sitio llamado Carobareque en el río Grande de Térraba donde estuvo a punto de morir ahogado en una crecida del río, nunca menciona el nombre del lugar pero lo deducimos por la distancia desde Durucaca según el recuento del tesorero Andrés de Cerezeda.

El propio González Dávila menciona el sitio de esta manera:

“... por las muchas aguas que entonces hacia que era invierno o ve de parar en casa de un cacique muy principal aunque con harto cuidado de velamos, el cual cacique tenía su pueblo en una isla que tenía diez leguas de largo y seis de ancho la cual hacia dos brazos de un río el más poderoso que yo haya visto en Castilla, en el cual pueblo tome la casa del cacique por posada y era tan alta como una mediana torre hecha a manera de pabellón armada sobre postes y cubierta con paja.”<sup>20</sup>

Este accidente geográfico no concuerda con el curso actual del río, la probable razón es que entonces el Térraba unía sus aguas con el Sierpe por el Estero Azul originando su delta una gran isla, con lo que el sitio del cacique estaría asociado con los vestigios arqueológicos y esferas de piedra hallados en 1940 en las antiguas fincas de la Compañía Bananera. En 1529 Fernández de Oviedo lo llama Cabiores, del que afirma era “provincia”.

“... La provincia de los Cabiores es a veinte o veinte y cinco leguas de Cheriqui, al Poniente en la costa del Sur, y la provincia de Durucaca es junto a la de Cabiores.



**Fig. 3:** Camino de Cebaca a Coto y Cabra. Ubicación de sitios: 1 Coto, 2 Boruca, 3 Guaycará, 4 Cebaca, 5 Cabécar, 6 Ara, 7 Terbi, 8 Quepo, 9 Chiriquí.

En estas dos provincias hilan los hombres como mujeres, y lo tienen por cosa y oficio ordinario para ellos<sup>21</sup>.

De aquí la expedición pasó a Arocora, probablemente La Uvita, y luego a Cochira, llamado Quepo en 1563<sup>22</sup>.

### Cebaca

Cebaca fue uno de los caciques mencionados entre los de Coto en 1569<sup>23</sup>, probablemente debido a esto no fue incluido en el repartimiento de las comunidades, aunque el sitio fue visitado por Diego López de Rivera en 1571<sup>24</sup>. Existió una relación entre Coto y Cebaca seguramente derivada de la absorción que los primeros hicieron de la gente del litoral, lo cierto es que cumplía un papel estratégico como puerta de acceso a las fuentes del oro en la Península de Osa. Se encontraba localizado a orillas del Golfo Dulce cerca de la boca del río Esquinas, aunque se mencionó que estaba en una isla. Era palenque que por su alianza con Coto resultó la única comunidad costera que se mantuvo por lo menos hasta principios del siglo XVII.

En 1603 el Capitán de Infantería Pedro Flores partió de Quepo al frente de 14 soldados entre ellos Felipe Monge, Sargento, y Pedro de Herrera, Alférez, junto con fray Alonso de la Calle, guardián del convento de San Bernardino de Quepo<sup>25</sup> y 104 indígenas, con el objeto de capturar la gente que pudieran de Cebaca. Para alcanzar el sitio abandonaron el Camino de Mulas y cruzaron el delta del río Grande de Térraba y luego el río Sierpe, usando:

“... caminos no usados y por brazos de mar y ríos caudalosos ... en balsas ... pasaron muchos esteros y

manglares ... porque iban por la marina<sup>26</sup>.”

A principios ese año, 1603, un grupo de cebacas se había trasladado a Coto donde se les agregaron varios de ahí, y juntos cruzaron la cordillera hacia la vertiente del Atlántico hasta los pueblos de Tierra Adentro, en una expedición depredadora al estilo antiguo haciendo:

“... daños y crueldades matando indios donde cautivaron muchas piezas de indios, y volviendo los dichos Cebacas con la presa que habían robado, los dichos indios agraviados de la crueldad se juntaron y fueron en seguimiento de los dichos Cebacas a quitarles la presa que llevaban los dichos Cebacas, y visto por los dichos Cebacas que les iban en los alcances con grandísima crueldad mataron todos los indios e indias, muchachos y muchachas que llevaban cautivados, y visto por los dichos indios de la tierra adentro la grandísima crueldad que contra ellos les habían hecho en matarles sus hijos, deudos y parientes, tomaron las armas y procurando vengar las muertes, mataron al cacique principal y otros dos indios Cebacas, la cual muerte del dicho cacique fue de mucha importancia<sup>27</sup>.”

El tal “cacique principal” resultó ser el de Coto, aunque también murió otro de Cebaca, un mes después de este suceso llegó el grupo el Cap. Flores, que encontró:

“... veynete y quatro cabelleras de yndios que avían sacrificado, y un niño como de edad de tres o quatro años, vendados los ojos y saltados del golpe de los sacrificios, recién sacrificado<sup>28</sup>.”

Esto sirvió de pretexto para que los españoles casi despoblaran el sitio, y reubicaran la mayor parte en Quepo y otros en Cartago<sup>29</sup>. En 1612 regresó fray De la Calle, quien manifestó que la tierra hasta Cebaca:

“... no se anda a caballo por los muchos esteros ... podrán dar avío si algún navío o fragata llegare a su tierra, atento a que están poblados en las costas del Golfo

<sup>21</sup> Costa Rica vista por Fernández de Oviedo, Presentación de Carlos MELÉNDEZ Ch. (1978), Serie Nos Ven, N° 7, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, p. 35.

<sup>22</sup> Pérez Zeledón P. (1940): El pueblo de San Bernardino de Quepo. — En RAN, Año IVº, N° 11 y 12: p. 475.

<sup>23</sup> “Autos sobre repartimiento de los indios de Costa Rica”, en FERNÁNDEZ (1886), Vº, p. 24.

<sup>24</sup> “Fragmentos de una solicitud de Gaspar de Chinchilla para que se le confiera el oficio de tesorero o el de contador de la provincia de Costa Rica”, en FERNÁNDEZ (1907), VIIº, p. 467.

<sup>25</sup> “Informaciones de méritos y servicios de los frailes menores de San Francisco”, en FERNÁNDEZ (1907), VIIIº, p. 99.

<sup>26</sup> “Información de méritos y servicios del Capitán Pedro Flores”, en FERNÁNDEZ (1886), Vº, ps. 169, 177, 191, 198, 209 y 210 respectivamente.

<sup>27</sup> Idem, p. 170

<sup>28</sup> Ibidem, p. 165

<sup>29</sup> “Acusación de Francisco de Ocampo Golfín, por sí y como procurador de la ciudad de Cartago, contra D. Juan de Ocón y Trillo por ineptitud y varios delitos”, en GAGINI C. (1921), Documentos para la Historia de Costa Rica, Tomo Iº, Imprenta Nacional: p. 73.

Dulce que es una bahía de ocho leguas en largo y tres de ancho muy apacible y pueden estar surtos doscientos navíos, y hay en aquella bahía y costas muchas ostras de perlas que yo vide sacar a los indios, y es tierra de mucho cacao y a donde podrían tomar refresco los navíos y puerto algunos necesitados de agua o de otras cosas<sup>30</sup>.

Especulamos que el sitio Cebaca estuvo en la proximidad de la desembocadura del río Esquinas, en el punto conocido como Mogos, daba su conexión con el camino a Coto, el carácter de embarcadero del río mencionado que le dieron los borucas pero sobre todo por las características que le dan los islotes a la ensenada, donde sus aguas profundas mantienen una claridad asombrosa fuera de lo común. Cuentan los vecinos que en la cima de uno de los mogotes había un cementerio indígena.

### Coto, tierra adentro

Las jornadas de Vázquez de Coronado a la región fueron para definir la jurisdicción de la Provincia a su mando, que entonces no se había resuelto. Durante la primera mitad del siglo XVI la presencia española fue mínima en el occidente panameño, pero al revertir a la corona el Ducado de Veragua y abolirse el régimen encomendero en Natá, con la creación en 1557 de la provincia de Veragua se impulsa la colonización chiricana.

Costa Rica no andaba lejos ya que la provincia como tal no existía sino que su actual territorio era una prolongación de la gobernación de Nicaragua, por la costa atlántica se limitaba con Castilla del Oro, lo que había sido el Ducado de Veragua, pero por el Pacífico los veraguenses podían considerar que sus dominios se extendían hasta Nicoya. El dominio español de lo que es Costa Rica fue un proceso tardío, emprendido formalmente hasta en 1559.

Enseguida entra en juego un rasgo común a la colonización española del istmo centroamericano, como fue desplazarse a lo largo de costa del Pacífico para ocupar las regiones más aptas, lo que sucedió en 1560 tanto en Panamá como en Costa Rica con la fundación de Garcimuñoz en el Valle Central un año después, mientras que en Veragua habían fundado Santa Fe en 1558 y Resurrección en Chiriquí dos años más tarde<sup>31</sup>. Ambas gobernaciones debían definir su frontera, lo que significaba una disputa por el espacio triunfando quien poblaba y no por simples entradas. En el caso de los veraguenses

éstos no ocuparon más allá del río Chiriquí Viejo delimitando el occidente panameño, mientras en Costa Rica había entrado en acción el nuevo gobernador de Nicaragua, Juan Vázquez de Coronado, imprimiéndole un giro definitivo al proceso.

Atendida la ocupación del Valle Central se dirigió al sur por la costa del Pacífico y luego de ocupar el cacazgo de Quepo se dirigió más al sureste hasta remontar el río Grande de Térraba y arriba al palenque de Coctú, asiento del cacazgo más poderoso de la región.

Al tomar posesión del sitio el 1 de marzo de 1563, estableció que también lo hacía de lo que llamó “Valle del Guaymí”. Antes de ello en ningún lugar se menciona tal valle, ni entre los que se propone visitar, Quepo y Turucaca, según lo refirió en Garcimuñoz al inicio de la jornada. El Guaymí no aparece en su derrotero, como tampoco vuelve a referirse que el Valle del Guaymí estuviera en las sabanas del Diquís.

La razón de invocar aquel valle se debe a que Vázquez de Coronado se enteró en Coto de los movimientos del Gobernador de Veragua, a punto de alcanzar el Guaymí real, de manera que la posesión practicada por el gobernador de Costa Rica y Nicaragua no pasaba de ser un artilugio para utilizarlo en la disputa que se acercaba viéndose perdido, que en otros casos por menos de eso corría la sangre.

Vázquez de Coronado volvió al Valle Central solamente para acopiar lo necesario y volver con el equipo y la gente requerida para la jornada definitiva, pues no estaba dispuesto a dejarle sólo a su colega veraguense. Mientras despoblaba Garcimuñoz y planeaba la fundación de Cartago, como primer paso envió en avanzada un grupo que poblara en el término de la distancia una ciudad en las cercanías de Coto, a la espera de lo que pudiera suceder mientras regresaba.

A fines de ese mismo año, 1563, lo hizo encontrando que su gente había explorado el camino hasta el sitio Xarixaba (aparentemente hoy Cañas Gordas, punto fronterizo), camino a Chiriquí. Esto fue oportuno porque aún no habían llegado a ese punto los hombres de Alonso Vázquez, por lo que de una vez colocaron horca, cuchillo y cruces en señal de posesión, ganando la carrera contra el tiempo.

“... después de lo cual se supo por muy cierto que un capitán del gobernador de Veragua, viniendo descubriendo la tierra allegaron hasta donde el dicho Diego de Trejo había llegado y tomado posesión y dejado en nombre de su majestad, horca y cuchillo y puesto cruces, que visto por el dicho capitán de dicho gobernador de Veragua, se volvió de allí atento a que ya allí era de otra jurisdicción y gobernación<sup>32</sup>.

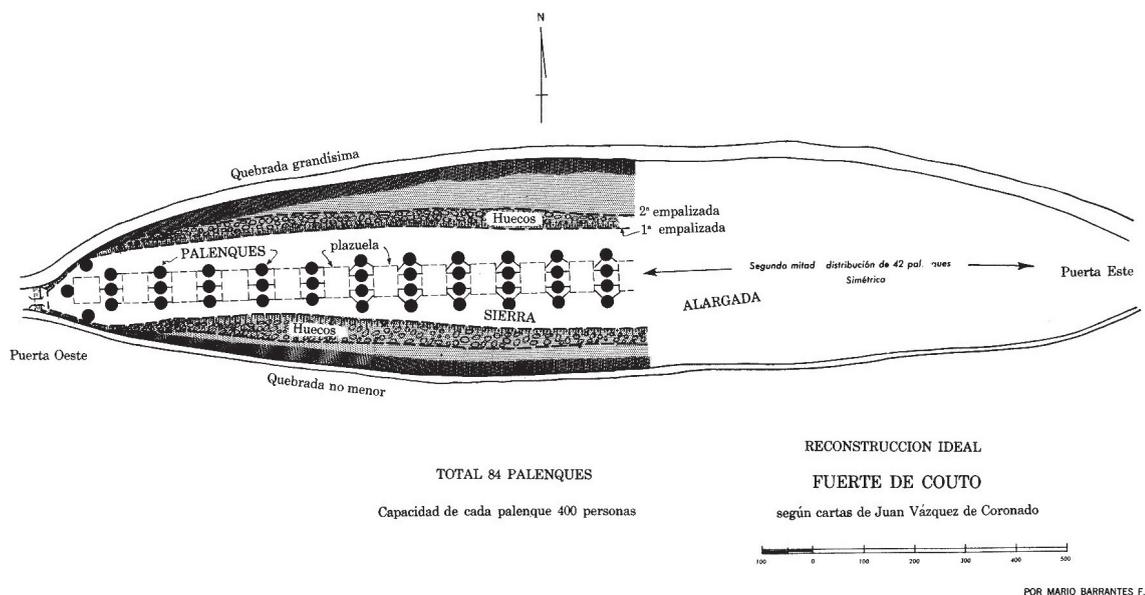
<sup>30</sup> “Informaciones de méritos y servicios de los frailes menores de San Francisco”, en FERNÁNDEZ (1907), VIII<sup>o</sup>, p. 49.

<sup>31</sup> OSORIO OSORIO A. (1988): Chiriquí en su historia 1502-1903. — Tomo I<sup>o</sup>: p. 110.

<sup>32</sup> “Probanza hecha Ad Perpetuam Rey Memoriam a pedimento de esta dicha Ciudad de Cartago, Provincias de Costa Rica, ante el señor Gobernador de ellas, sobre el estado y necesidad en que las halló”, en FERNÁNDEZ (1886), IV<sup>o</sup>, p. 497.



**Fig. 5:** Reconstrucción idealizada del palenque Coto<sup>36</sup>.



durante el resto de la Colonia, lo contrario en Chiriquí aunque aun debieron transcurrir algunos años para ello. Lo trascendente es que en ese momento se definió la frontera entre Costa Rica y Panamá.

Mientras Vázquez de Coronado continuó hacia el Atlántico cruzando la cordillera, jornada memorable por demás, y se dedicó a recorrer las cuencas de los ríos Arari y Teribe, el Valle del Duy de las fuentes, y tras considerar que su misión había concluido emprendió el regreso por la costa hacia el Valle Central. En la Alta Talamanca Vázquez de Coronado vuelve a jugar con los términos, ya que mientras afirma que Ara (Alto Lari) se encuentra en la “provincia del valle del Guaymí, comarca del valle de Coaza” luego refiere que Quepza en el llano de Talamanca se ubica en “el valle de Guaymí y Coaza” y que Ciruro, hoy Valle de la Estrella, está en “el valle del Guaymí, provincia de Coaza”<sup>35</sup>. Coaza era el toponímico primigenio del Valle de Talamanca, este otro fue impuesto por los españoles luego de la fundación de Santiago de Talamanca, 1605-1610 como es notorio. En tanto Alonso Vázquez si visitó el verdadero Valle del Guaymí, como lo indicó en su carta al Rey:

“... continué mi jornada hasta cincuenta leguas adentro como digo, costa de la mar del sur, y de allí atravesé por la cordillera de las montañas otras veinte hasta llegar a las vertientes hacia la mar del norte. En este camino se halló alguna cantidad de oro sobre tierra, patenas y aguilillas hasta en cantidad de mil pesos de oro en ranchos y bohíos de indios que como digo se avían huido y alzado. Llegamos hasta un río grande que se dice el

Guaymí de donde tuve noticia esté va el valle del Duy a dos jornadas“.

Todo indica que el citado río Guaymí es el Cricamola.

### Paradigma de palenques

El sitio fue visitado por González Dávila en 1522, nombrado también Cotú o Coctú en 1563, fue la sociedad indígena más importante en el siglo XVI cuyos niveles de desarrollo no tuvieron parangón en el resto de Costa Rica. El lugar destacado que ocupa en la etnohistoria costarricense se debe a las descripciones que hizo Juan Vázquez de Coronado, complementado por las de Juan Dávila y Pedro Gallego, el escribano.

En una de ellas dice Vázquez:

“... Está asentado el pueblo de Coctu en una cuchilla de una sierra, a manera de huevo, angosto por los principios y algo ancho en el medio. Tiene ochenta y cuatro casas puestas por buena orden: al principio de cada punta una casa y luego dos en triángulo, y sucesivamente van ciertas órdenes de a tres y luego de quatro en quadra, asentadas cada casa una de otra quatro pies, antes menos que más y con gran compás; y entre quatro casas se hace una placeta, a la cual van por callejones hechos a mano, porque las casas están altas del suelo como media vara de medir; y puestos los enemigos en la plazuela, que’s pequeña, los hieren los de Coctu de quatro casas por troneras y ventanas hechas para este fin, sin que puedan ver quién les hiere, y antes que vean de dónde les viene el daño, están heridos. En cada casa éstas viven veinte y cinco vezinos con sus mugeres y hijos, y en algunas más y menos como tienen la familia. Caben en cada casa quatrocientos hombres. Ganada la primera casa éstas se han de ganar las segundas y luego las terceras y quartas, porque todas están hechas a manera de

<sup>35</sup> “Obediencia de Caciques y tomas de posesión de varios pueblos”, en FERNÁNDEZ (1886), IV<sup>o</sup>, ps. 298 y 307 respectivamente.

<sup>36</sup> BARRANTES FERRERO M. (1961, 1962): Ensayo geográfico histórico de la primera expedición de Juan Vázquez de Coronado al Sur del país. — Informe Semestral, Instituto Geográfico de Costa Rica, MOP, julio a diciembre 1961, 1962: p. 48.

**Fig. 6:** Vázquez de Coronado entrega a Dulcehe, prisionera de los cotos, a su hermano Corroho, cacique de Quepo. A la derecha el autor de la pintura, Tomás Povedano<sup>43</sup>.



fuerte. Son redondas y las vigas que tienen de gordor de dos brazos; son de paja muy bien puesta y muy altas, y el remate de arriba a manera de chapitel. Tiene este fuerte dos puertas, una al levante y otra al poniente. Norte Sur tiene dos quebradas de grande hondura y aspereza, en las cuales los yndios tenían a su modo vergeles de gran recreación. Está este fuerte cercado de dos palizadas y de hoyos entre una palizada y otra. Las puertas son muy pequeñas y hechas a manera de puentes levadizas. Entendióse no se aver visto en estas partes cosa tan fuerte ni por tan buena orden<sup>37</sup>.

Vázquez menciona la existencia de otro palenque más pequeño junto al de Coto cuyo nombre no cita, pero más tarde se supo que era Nara junto a las Viritecas<sup>38</sup>, como llamaban a las mujeres cotos cuya vocación guerrera fue legendaria.

“... sírvales sus mugeres de varas y ayudanles con ellas en las guazabaras, y de aquí nace la fábula de decir que son amazonas<sup>39</sup>.”

La ubicación del palenque Coto es desconocida, según Fernández Guardia los españoles llegaron a él a través de las llanuras de Boruca y Térraba<sup>40</sup>, Barrantes Ferrero creyó que estuvo en las vecindades de Potrero Grande<sup>41</sup> mientras Liebhaber propone que era entre Palmar Norte, Ciudad Cortés, el río Camaronal y el Grande de Térraba<sup>42</sup>. Será la arqueología quien lo resuelva.

El nombre Coto se conserva en el río que une sus aguas al General en Paso Real, donde originan el río Grande de Térraba. Esto hace suponer que el sitio debió estar cercano, tal vez en una de sus riveras, sin embargo su ubicación precisa es incierta. Creemos que el topónimo Coto está asociado a la lengua brunca o cuando menos ellos lo mantuvieron, pero al llegar a la región los nasos del río Teribe que originaron San Francisco de Térraba en el siglo XVII, llamaron el mismo río Brus seguramente por el vocablo “cacique” en su lengua. Luego fueron integrados los dos nombres originando el de Coto Brus, hoy de un conocido cantón.

Otro lugar ligado al ámbito de Coto fue Cabra, del que se dice que era Provincia y que estaba en el camino

a la Mar del Norte, también se le menciona como puerto. Creemos que corresponde con el actual toponímico Cabagra, que se mantiene en la loma que corre de la junta del río Coto con el Grande de Térraba hacia la cordillera, extendido al río que corre de norte a sur uniendo sus aguas con el río Coto. Suponemos probable que el lugar conocido como Bolas fuera su antiguo asiento, tanto por el despliegue de rango que muestran las esferas de piedra ahí depositadas como por la comunicación visual estratégica que se alcanza desde ahí con la fila de Coto y más allá. Juan Dávila, subalterno de Vázquez, confirma que de Cabra había camino a la vertiente del Atlántico<sup>44</sup>.

Las jornadas de Vázquez de Coronado a la región se encuentran narradas en diversas publicaciones<sup>45</sup>.

### Qué era Coto?

Algo que llamó la atención de los españoles fueron las fortalezas para proteger los pueblos cuyo modelo más desarrollado fue el de Coto, aunque según Vázquez habían encontrado dos en Quepo<sup>46</sup>, rasgo característico de la región. Se trata de empalizadas que llamaron palenques, probablemente porque las estacas utilizadas figuraban palancas, aunque más tarde el término fue asimilado a las viviendas indígenas posiblemente en Boruca donde las casas eran palenques en 1680, no el pueblo.

La predisposición para la guerra de los cotos quedó plasmada en la descripción del emplazamiento, pero esta actitud bélica les llevó a un ciclo de enfrentamientos generalizados contra quienes no fueran los suyos. Según Vázquez para 1563 había despoblado más de cuarenta pueblos<sup>47</sup>, prueba es la captura de algunos quepos lo que

<sup>37</sup> “A S.M. el Rey D. Felipe II”, en FERNÁNDEZ GUARDIA R. (1908), *Cartas de Juan Vázquez de Coronado, Conquistador de Costa Rica*, Imprenta de la Vda. de Luis Tasso, Barcelona: ps. 49 y 50.

<sup>38</sup> “Fragmentos de una solicitud de Gaspar de Chinchilla para que se le confiera el oficio de tesorero o el de contador de la provincia de Costa Rica”, en FERNÁNDEZ L. (1907), *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica*, Tomo VII<sup>o</sup>, Barcelona: p. 467.

<sup>39</sup> “Al muy ilustre señor Licenciado Juan Martínez de Landecho, Presidente de la Audiencia de los Confines”, en FERNÁNDEZ GUARDIA, *Cartas de Juan Vázquez...*, p. 34.

<sup>40</sup> FERNÁNDEZ GUARDIA (1933): *Historia de Costa Rica...*, p. 135.

<sup>41</sup> BARRANTES FERRERO (1962): *Ensayo geográfico...*, p. 45.

<sup>42</sup> LIEBHABER G. C. (1967): *Couto*. — *Revista del Archivo Nacional*, Año XXXI: p. 332.

<sup>43</sup> YGLESIAS HOGAN R. & J. VÁZQUEZ (1935): ...

<sup>44</sup> “Relación circunstanciada de la provincia de Costa Rica que envió Juan Dávila”, en FERNÁNDEZ (1883), III<sup>o</sup>, San José, p. 43.

<sup>45</sup> Al lector interesado recomendamos de Carlos Meléndez, *Juan Vázquez de Coronado*, Editorial Costa Rica, 2<sup>a</sup> edición, 1972, de R. FERNÁNDEZ GUARDIA (1933), *Historia de Costa Rica, El Descubrimiento y la Conquista*, Tomo I, 3<sup>a</sup> edición, Librería Alsina, y de YGLESIAS HOGAN R. & J. VÁZQUEZ DE CORONADO (1935), *Tipografía y Fotografiado La Tribuna*, además de los trabajos aquí mencionados.

<sup>46</sup> “A S. M. el Rey D. Felipe II”, en FERNÁNDEZ GUARDIA, *Cartas de Juan Vázquez...*, p. 46.

<sup>47</sup> “Al muy ilustre señor Licenciado Juan Martínez de Landecho, Presidente de la Audiencia de los Confines”, en FERNÁNDEZ GUARDIA, *Cartas de Juan Vázquez...*, p. 35.



**Fig 7:** Sitios visitados por Juan Vázquez de Coronado en 1563 y 1564.

emplearon los españoles como pretexto para ir sobre ellos. Otro caso es la muerte a sus manos del cacique de Minón<sup>48</sup>, lugar cerca de Tariaca no muy lejos del actual Limón, muestra que cruzaban la cordillera en estas faenas como lo hicieron cuarenta años más tarde junto a los cebacas.

Coto no era una isla, se encontraba inmerso en un contexto sociopolítico de comunidades aliadas o subordinadas que reflejaban una jefatura compleja y diversificada, estructurada para atender las necesidades de una sociedad en crecimiento o expansión. Entonces estas dependían de un jerarca supremo que era el medio de enlace con lo sobrenatural en quien confluían lo político, lo religioso y lo militar, por lo que su seguridad era la del colectivo y cualquier amenaza a su integridad física se tornaba un riesgo para todos, de ahí el hermetismo secular sobre su ubicación. En el pensamiento de aquellos grupos el poder de éste jerarca no era militar sino mágico o la conjunción de ambos pero en todo caso responsable de la conexión con lo sobrenatural, así cualquier objeto de su inquina no tendría lugar donde escapar a su

furia, por ello los grupos enemigos podían medir fuerza con la gente de Coto pero nunca con su “cacique de caciques”, salvo alguien con rango homólogo al suyo cabeza de otro cacicazgo.

Siendo Coto un lugar donde confluían sus enemigos con regularidad según se desprende de las crónicas, es difícil imaginar que tal cacique estuviera ahí expuesto a una eventual agresión por lo que era un señuelo para desviar la atención de eventuales enemigos, mientras que las personalidades de rango permanecían relativamente seguros en un lugar cercano pero preparado para evacuarse en caso de emergencia, sitio desde el cual irradiaba el control teocrático sobre un conjunto de comunidades en ambas márgenes de la cuenca media del gran río, integrado por Coto, Boruca y Cabra (Cabagra) según las fuentes, a los que se sumaban otros de menor relevancia como Dabugua y Dogo<sup>49</sup>, más lo que ha descubierto la arqueología y otros que nunca conoceremos. Estas comunidades articulaban un entramado alrededor de dicha sede para nutrirle y defenderle según correspondiera, por lo que nos parece que los palenques antes de defender a sus habitantes, defendían el equilibrio del sistema y su vigencia.

Cuando Vázquez de Coronado fue conducido por Corrohere para atacar Coto, los quepos eran concientes

<sup>48</sup> “Obediencias de caciques y tomas de posesión de varios pueblos”, en FERNÁNDEZ (1886), IV<sup>o</sup>, París, p. 308

<sup>49</sup> “Informaciones de méritos y servicios de los frailes menores de San Francisco”, en FERNÁNDEZ (1907), VIII<sup>o</sup>, p. 52



nombre sin equivalencia en bribri pero en naso significa “mono colorado” (*Ateles* sp.)<sup>57</sup>, justamente el alter ego de los sáLwak de la guerra que daban los bLupa o reyes de Talamanca<sup>58</sup>. No decimos que Ara fuera tierra naso cuyo sentido que no es tratado aquí, lo que nos parece es que sáL y duy fueron sinónimos de los cuales persistió el primero.

Su ubicación en Alto Lari debe estar ligada a la identidad cultural de los bribri, lugar asociado con el origen de la tribu, pero una razón más prosaica es que eran el escudo protector del usékol de algún ataque sorpresivo de la gente del Téribé, procedente del este por el transitado camino que del Téribé iba directo al Alto Cóen.

Esto significa que probablemente Vázquez estuvo a punto de tener un encuentro militar en la Alta Talamanca, pero los aras se dieron maña para desviar su atención con el asunto del oro hacia el Téribé, de paso sus odiados vecinos. Más tarde Alto Lari fue llamado Viceita<sup>59</sup>, genérico con que fueron conocidos los bribri durante la colonia.

Por todo suponemos que Coctu de las llanuras del Pacífico y San José Cabécar compartían la función de voceros de las máximas jerarquías en sus respectivos pueblos, lo que hace del término un arcaísmo ligado a los tiempos del proto lenguaje de ambos grupos. Su destino no fue el mismo, en el caso del Pacífico la función de voceros degeneró en guerreros a tiempo completo aunque probablemente integradas, mientras que en Talamanca mantuvieron una actitud más ortodoxa. No en balde subsistieron más tiempo.

<sup>57</sup> GABB (1883), “Tribus y ...”, en FERNÁNDEZ (1883), III<sup>o</sup>, p.476.

<sup>58</sup> BOZZOLI (1979): El nacimiento..., p. 45

<sup>59</sup> “Informe de Fray Manuel de Urcullu”, en PERALTA M. M<sup>o</sup> de (1890), Límites de Costa Rica y Colombia. Nuevos documentos para la historia de su jurisdicción territorial con notas, comentarios y un examen de la cartografía de Costa Rica y Veragua, Madrid, p.134.

<sup>60</sup> “Toma de posesión de los pueblos de Turucaca y Borucaca y del Valle del Guaymí”, en FERNÁNDEZ (1886), IV<sup>o</sup>, p. 219.

<sup>61</sup> “Al muy ilustre señor Licenciado Juan Martínez de Landecheo, Presidente de la Audiencia de los Confines”, en FERNÁNDEZ GUARDIA, Cartas de Juan Vázquez..., p. 35.

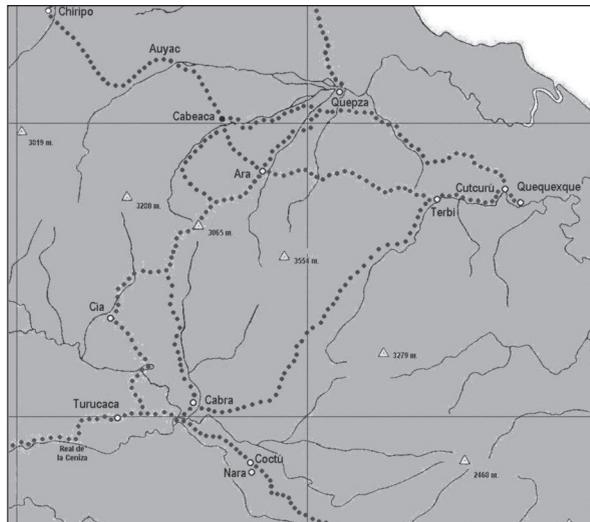
<sup>62</sup> “Probanza hecha Ad Perpetuam Rey Memoriam a pedimento de Juan Vázquez de Coronado, Capitán General de todas estas provincias de Costa Rica, de los servicios que a Su Majestad a hecho en ellas”, FERNÁNDEZ (1886), IV<sup>o</sup>, p. 359.

<sup>63</sup> “Autos sobre repartimiento de los indios de Costa Rica”, en FERNÁNDEZ (1886), V<sup>o</sup>, p. 24.

<sup>64</sup> “Diego de Artieda a S.M. el Rey, sobre las cosas de Costa Rica y los abusos de la Audiencia de Guatemala”, en PERALTA M. M<sup>o</sup> de (1883), Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el Siglo XVI, su historia y sus límites según los documentos del Archivo de Indias de Sevilla, del de Simancas, recogidos y publicados con notas y aclaraciones históricas y geográficas, Librería de M. Murillo, Madrid, p. 611.

<sup>65</sup> “Carta del provincial y definidores de la provincia de San Jorge de Nicaragua y Costa Rica”, en FERNÁNDEZ (1907), VIII<sup>o</sup>, p. 103.

<sup>66</sup> “Pacificación y población de los indios borucas”, en FERNÁNDEZ (1886), V<sup>o</sup>, p. 146.



**Fig. 9:** Ara (Talamanca) y sus caminos, 1564.

Si la analogía del término Coctu ligado a las antiguas jerarquías de ambas vertientes fuera correcta, podría explicar el origen del nombre del río Coto que desagua al Golfo Dulce, Boto en 1522, asociado a los sitios arqueológicos de La Vaca y La Vaquita, y de otros de que hay noticia.

## Boruca

Sitio llamado indistintamente Durucaca, Turucaca o Borucaca, en 1529 Fernández de Oviedo refiere que Durucaca es “provincia”, Vázquez de Coronado le llama “Turucaca”, luego “provincia e pueblo de Turucaca e Borucaca”<sup>60</sup>, en otra ocasión “Turuca”<sup>61</sup> y en mayo de 1564 trata de borucas a su gente<sup>62</sup>.

En 1569 se afirma que el sitio era “palenque”<sup>63</sup>, evidencia de que compartía esta actividad con Coto y participaba de los combates del contorno. Por ahí de 1580 mataron dos soldados españoles que habían entrado a saquear<sup>64</sup>, y en 1594 rechazaron los intentos por dominarlos de pobladores de las sabanas chiricanas, quienes tres años atrás habían establecido Alanje:

“... capitanes y gente guerra de la ciudad de Panamá y Pueblo Nuevo han procurado allanarla y habiéndoles costado gran número de soldados sin hacer efecto, se han vuelto siempre destrozados y heridos”<sup>65</sup>.

Al visitar Boruca en 1603 fray Alonso de la Calle menciona que el cacique de Boruca se llamaba Dufiara, y que en dos leguas a la redonda estaban los sitios de Dabugua y Dogo. En 1607 llegó Diego del Cubillo, Tesorero de la Real Hacienda en Cartago, a pacificar el lugar “en los palenques de Boruca”, mencionando que acudieron a verle varios caciques y principales cuyos nombres eran Juruuru, Dufara, Cariare, Cacoragea, Surih y Vereh<sup>66</sup>.

Las fuentes refieren un ataque de los borucas a los ayoques en 1619, comunidad talamanqueña del Alto

Telire, a quienes mataron uno de ellos junto con seis viejos, además capturaron unas veinte personas que llevaron a su comunidad. El cacique de Boruca Darizara informó que de los veinte prisioneros mataron a dos cortándoles las cabezas que tiraron al suelo, mientras los demás cautivos fueron repartidos:

“... entre sus soldados a usanza de la guerra, que ¿cómo se los había de quitar sin que les diese algo por ellos?”<sup>67</sup>

Durante su estadía en Boruca, Pittier apreció:

“... el hecho histórico de lo heterogéneo de los elementos étnicos del pueblo, aunque trasluce un elemento primitivo confirmado por las vagas tradiciones que todavía existían en mi tiempo, de que Boruca fue originalmente el asiento de un pueblo numeroso, fuerte y guerrero”<sup>68</sup>.

También este rasgo trasluce en uno de los nombres que tuvo el sitio, Turucaca, que probablemente deriva del término “turinát”, que significa “negro”<sup>69</sup>. Al respecto doña Paulina Leiva viuda de Maroto nos narró:

“... Cuentan que hasta Mano de Tigre llegaban grupos de guerreros enemigos armados con flechas, leños, palos largos muy duros y otras cosas<sup>70</sup>. Ese lugar era llamado el “Baño de los Negritos” (Can Turinát), y de ahí ninguno se animaba a pasar”.

“Para ir a pelear contra ellos, los de Boruca se embarraban el cuerpo con carbón en polvo y se pintaban los ojos de rojo. Por eso los de Boruca siempre ganaban, entonces el más valiente se comía el hígado de los enemigos muertos. Sus cuerpos eran abandonados en el campo para que los zopilotes se los comieran”<sup>71</sup>.

Creemos que tales guerreros son recordados entre los borucas con el baile de “Los Negritos”, antiguamente acompañado con representaciones zoomorfas, probablemente restos de la identidad de los clanes según el modelo talamanqueño. En diciembre de 1891 así lo observó el botánico Adolphe Tonduz, miembro del equipo de Pittier:

“... Para esta celebración se improvisa una banda de actores, quienes disfrazados con carapachos de armadillo y pieles de tigrillo, las caras embadurnadas de negro-humo, y provistos de tamboriles y violines, recorren todo el pueblo”.

El mismo autor caminando de Buenos Aires hacia Térraba menciona:

“... A los diez minutos de haber salido de las sabanas de las Animas y en plena selva, se encuentra al través del camino un paraje embaldosado, cubierto de señales de antiguos túmulos sepulcrales. Cuenta la tradición que éste fue en tiempos remotos el lugar de un san-

grientas luchas entre los indios de Boruca y los de Buenos Aires”<sup>72</sup>

Todavía en 1719 existía en Boruca el rango de “Señores”, entre los que estaba el “Cacique Mayor” que a su vez era el Gobernador del pueblo designado en Cartago, luego estaban el “Cacique Principal” y algunos Alcaldes nombrados por el fraile reductor con la anuencia de la comunidad, existía una categoría de “Indios Principales” que incluía los guerreros con los que se formó una compañía militar permanente después de los sonados acontecimientos de 1709 en Talamanca, que contaba con sargento, capitán, alférez y demás. En 1751 se afirma que en Boruca había un indio gobernador, un alcalde, un alguacil mayor, dos regidores y un fiscal.

Aparte de sus maizales y tabacales sembraban el plátano, los frijoles, el algodón y el pejivalle, el cacao con el que pagaban tributo a la Corona:

“... les cuesta irlo a buscar en las montañas de adentro por no tenerlo en sus territorios”.

Aunque no se consigna debieron cultivar del hule para obtener la resina de calafatear sus naves y probablemente hacían lámparas para alumbrarse por la noche. De la costa llevaban cocos para extraer su aceite y con la cáscara.

El primer ganado en la región debió ser llevado desde Chiriquí, por lo que es difícil determinar en que época fue introducida la ganadería en Boruca, lo probable es que date desde el inicio del trasiego de las caravanas que usaban el Camino de Mulas, ya que éstas demandaban la carne de vacuno como bastimento para el largo viaje, salada y ahumada para mantenerla comestible por algunos días, igualmente se aprovechaba la manteca de vaca. Eventualmente incorporaron la carne de vaca en el ritual de redistribuir los alimentos, sacrificando animales para el consumo comunal entregando la misma cantidad a huérfanos y viudas que al resto del pueblo.

Al establecer la misión en 1675 fray Claudio de Aguiar formó un hato después de que fue con algunos borucas hasta Guatemala en pos de limosnas, con provecho porque:

<sup>67</sup> “Relación del castigo que el gobernador D. Alonso de Castilla y Guzmán hizo a los indios Ayoaque, Cureros y Hebenas en 1619”, en FERNÁNDEZ (1907), VIII<sup>o</sup>, p. 192.

<sup>68</sup> PITTIER (1897), “Páginas de” ..., p.

<sup>69</sup> Referido a animales y objetos, según M.A. QUESADA PACHECO & C. ROJAS CHAVES (1999), Diccionario boruca-español, español-boruca, EUCR, p. 96.

<sup>70</sup> Por el rumbo parece que provenían de Cia

<sup>71</sup> Entrevista realizada en Boruca el 22 de febrero de 1983

<sup>72</sup> TONDUZ A. (1893): Exploraciones botánicas efectuadas en la parte meridional de Costa Rica, por los años de 1891 a 1892. — Anales del Instituto Físico Geográfico y del Museo Nacional de Costa Rica, Tomo IV<sup>o</sup>, Tipografía Nacional: ps. 124 y 119 respectivamente.

“... les pudo juntar cantidad de ganado vacuno y caballar poblándoles haciendas.”

En 1710 la comunidad compró una partida de cien cabezas de ganada para su propio ható, al que le tenían su propia marca de herrar, ese ható estaba en Las Cañas, hoy Palmar Norte, donde residía un administrador o mayordomo a quien llamaban El Hatero del Pueblo, acompañado de algún asistente.

Un rasgo artesanal notorio en los borucas fue el uso de un tinte púrpura que obtenían del múrice, molusco gasterópodo marino del género *Murex*, con que teñían sus hilos, se dirigían a la costa:

“... a los distintos puntos en que el caracol cría en cavernas derrumbadas, recogen el jugo blancuzco que el animalito da de sí cuando se le toca y colocan con cierta precaución el caracol en el mismo lugar de la peña, el caracol suministra después de un determinado período, hasta el próximo plenilunio, una luna como dicen los indígenas, de nuevo la misma cantidad de tinta”.

“El mismo animalito puede usarse pues doce veces al año en esta primitiva industria. El jugo que el animal al cogerlo da de sí es al principio blanco, se pone inmediatamente verde claro y se transforma por fin su color al sol en un violado profundo. La tinta de doce a quince de estos caracoles basta para dar a una onza de hilo blanco el más hermoso color violáceo oscuro”.

Algunas veces debían navegar hasta Veragua en pos del múrice, en 1812 se menciona:

“... Esta producción privilegiada corresponde exclusivamente a las costas de Montijo. Conocen los dos caracoles que los antiguos, y son el *Bucinum* y *Murex*. No hacen uso del primero y solamente se valen de segundo para teñir hilo de algodón conducido en blanco desde la Provincia de Cartago y desde el Partido de la Villa de los Santos. Se teñirán anualmente 1.500 onzas, de las que se conduce parte a Panamá y el resto se embarca para el Reino de Guatemala”<sup>73</sup>.

El procedimiento continuaba extendiendo:

“... el hilo en filas delgadas entre bastoncillos de madera de modo que el jugo del animalito pueda humectar fácilmente cada uno de los hilos, luego los riega con la tinta del caracol y pone por fin todo el aparato durante unas horas para secarlo. Un obrero tiñe comúnmente media libra al día”.

“La tinta tiene un olor muy feo a podrido es tan penetrante e indestructible que no pierde su calidad ni la-

vada con jabón, y se conserva completamente sin desteñir durante muchos años”<sup>74</sup>.

Otro rasgo de tradición secular en Boruca han sido sus telas y mantas, que confeccionaban según el siguiente procedimiento:

“... El algodón se separa con la mano de sus semillas y se sacude en un cuero por medio de una varilla, luego se estira en fajas gruesas de unos tres centímetros de ancho que se arrollan en pelotas. Entonces está listo para hilar, trabajo que se hace con solo los dedos y envolviendo el hilo a medida alrededor de un huso”.

“El telar es muy sencillo, las dos barras que sostienen la trama distan generalmente una de otra de 1,50 a 1,60 mts., cuelgan por medio de una cuerda amarrada en los extremos del superior y la trama se mantiene tendida por medio de otra cuerda, que pasa por debajo de las nalgas de la tejedora”.

“La trama se cruza por medio de una varilla derecha y se aprieta con el auxilio de una cuchilla de madera dura, cuya longitud es un poco mayor que el ancho de la pieza. Esta se mantiene tendida a lo ancho por medio de un verolís que termina en dos puntas de hueso, los hilos transversos se pasan entre los de la trama por medio de una lanzadera alargada. El trabajo es muy lento, las orillas de la manta quedan imperfectas y el conjunto de la pieza no ofrece nada de fino, el fondo del tejido es blanco pero está variado por algunas fajas longitudinales que tienen generalmente cuatro colores: azul pálido, arabia, morado y negro.

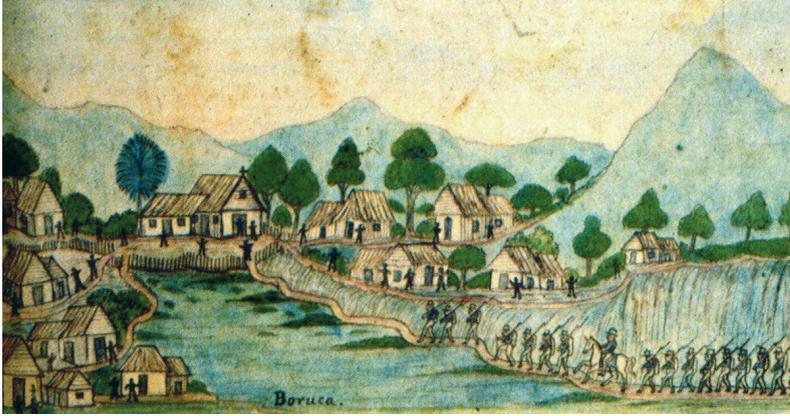
Hacen también fajasen las que demuestran bastante buen gusto para el adorno, las hay tejidas y labradas y los colores están dispuestos en líneas rectas combinadas en dibujos más o menos geométricos”.

Generalmente sus tributos los pagaban con este hilo teñido y con pita (*Agave americana*) que era abundante, la procesaban torciéndola en los muslos logrando hilos tan delgados que en una ocasión el gobernador Carrandí y Menán lo utilizó para coser un “testimonio”. También de la corteza de la palma coligallo (*Carludovica*) sacaban hilo para tejer sus mochilas.

Los borucas siempre mantuvieron un intercambio en especie o trueque con los grupos de Atlántico, mostrando preferencia de hacerlo con los téribes a quienes ofrecían sal, hachas, machetes y perros a cambio de colchas, sobremesas y cortinas de algodón muy pintadas. También comerciaban plátanos y reses, los artefactos de hierro los obtenían del contacto con los viajeros, al punto que las herramientas era moneda común entre ellos. Además iban hasta Chiriquí ha comerciar con sus frutos, granjerías y servicio personal, seguramente por el trajinar por el Camino de Mulass. Con bribrís y cabécares mantenían:

<sup>73</sup> ITURRALDE J.D. de (1985): Noticias relativas el Istmo de Panamá. — En: O. JAÉN SUÁREZ (1985), Geografía de Panamá, Biblioteca de la Cultura Panameña, Tomo Iº, Universidad de Panamá: p. 170.

<sup>74</sup> WAGNER M. & C. SCHERZER (1944) La República de Costa Rica en Centro América. — Biblioteca Yorusti, N° 1: p. 285.



**Fig. 10:** Fuerzas españolas ingresan a Boruca en 1629.<sup>76</sup>

“... tratos de la ropa de su usanza, chaquiras y abalorios que éstos les retribuyen con herramientas para sus labores de maíz y otros mantenimientos y con flechas para sus cacerías“.

Los bribris acostumbraban vender en Boruca a algunos de sus hijos como esclavos, la norma era que cuando el niño alcanzaba la mayoría de edad y lograba contraer matrimonio automáticamente quedaba en libertad y podía abandonar el pueblo.

En 1697 se afirma que los borucas vestían “pampanilla” atándose:

“... una banda en la cintura y por delante una cortinita de algodón, pero las mujeres con una manta se tapan la cabeza, la sien y llega hasta los pies“.

### Nuestra Señora de la Concepción de Boruca

Es evidente que Boruca no fue sojuzgada con el rigor de sus vecinas del valle central, probablemente por la lejanía de Cartago, lo que le permitió mantener las alianzas del pasado con sus vecinos inmediatos como Coto. La presencia de fuerzas españolas no fue asfixiante como en otros lugares. Por ejemplo, en 1629 el Gobernador Juan de Echaz y Velazco menciona que el Alcalde ordinario de Cartago, su Teniente de Gobernador Capitán Celidón de Morales, fue a formar un pueblo en Boruca que llamó San Diego de Acuña, nombre del entonces Gobernador de Guatemala, dejándoles:

“... muy encargado el buen avío de los pasajeros y partidas de mulas“<sup>75</sup>.

Más tarde el gobernador Juan Fernández de Salinas y de la Cerda llegó a Boruca en 1652<sup>77</sup> acompañado de un grupo de vecinos de Cartago, configurando de nuevo el sitio como pueblo con el propósito de que en algún momento los religiosos Observantes establecieran una reducción en toda forma. Los esfuerzos formales para eso los inicia fray Gabriel de la Torre, Ministro Provincial de la orden franciscana de los Observantes, al designar

para tal fin en 1675 a fray Claudio de Aguiar que por cinco años desarrolló un trabajo intenso, interrumpido bruscamente por su muerte en 1680.

Inútilmente buscó fray Gabriel un sustituto, tanto que se resolvió a ir personalmente a atender la nueva reducción que fray de Aguiar nombró “Nuestra Señora de la Concepción de Boruca”. Debido a su avanzada edad poco tiempo estuvo fray de la Torre, y con su retiro llegó el abandono de la orden de los observantes de aquel pueblo. La atención permanente de este grupo quedó para el siglo XVIII al aparecer una nueva orden franciscana, la de los recoletos del Colegio de Propaganda Fide, cuya avanzada integrada por fray Antonio de Margil y fray Melchor López llegó a Cartago en 1688 camino a Talamanca, auténtica tierra de misión, y por cuyas gestiones se establece más adelante la reducción de San Francisco de Térraba. De vuelta en Boruca los observantes trabajaron ininterrumpidamente durante el siglo XVIII, y un poco más.

Cuando estuvieron los primeros Observantes Boruca tenía figura de pueblo, la iglesia era:

“... grande de horcones, cubierta de paja ... con un campanario con dos campanas de razonable porte, ... un retablo muy bueno con su sagrario dorado, lámpara de plata de buen porte, el altar mayor tiene una imagen de nuestra señora de la Concepción. y el altar está con muy buen adorno, hay dos altares colaterales, en el uno está con una imagen de nuestra señora de la Soledad de bulto con su corona de plata y una hechura de un santo cristo de buena estatura, en el otro está un cuadro de las benditas ánimas grande y una imagen pequeña de nuestra señora de la Concepción que sale en las procesiones en sus andas bien adornadas, hay palpito muy bueno, hay sacristía y en ella un cajón para los ornamentos necesarios“.

Junto a ella estaba el convento para el reductor, en 1682 se dice que hay veinte habitaciones formando el pueblo, mientras en los alrededores existían otras veintidós un poco distantes.

En marzo de 1691 llegaron a Boruca los mencionados frailes Margil y López en momentos que los misioneros observantes tenían varios años de ausencia de la reducción:

“... A estos Borucas, que en sus costumbres delineaban la etimología de su nombre (que todo suena confu-

<sup>75</sup> “Informe del Gobernador de Costa Rica”, en FERNÁNDEZ (1886), Vº, p. 280.

<sup>76</sup> Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas (MCJD), El Album de Figueroa, Índice de las Transparencias, Siglo XVII, Talamanca, V-13

<sup>77</sup> OBREGÓN LORÍA, R. (1929): Los Gobernadores de la Colonia. — Universidad de Costa Rica: p. 87.

sión y desorden) los pusieron en concierto y bautizaron muchos que aun no habían entrado en la Iglesia por el santo bautismo, aunque ya en aquel pueblo se había promulgado la fe católica<sup>78</sup>.

En 1705 se afirma que eran quince las casas en las vecindades, y había una Casa del Común y el Cabildo de Justicia:

“... muy capaz donde hacer las elecciones de alcalde y demás justicias el día de año nuevo, que después sirve de hospicio a los pasajeros”.

Aun en 1737 pocos borucas hablaban el español y por lo general los reductores no dominaban el brunca, a pesar de que uno de ellos había hecho la lengua materna de dichas montañas “a arte”, probablemente fray Claudio de Aguiar que por lo menos tendría la vocación para ello.

A pesar de que la Audiencia pagaba al fraile \$ 200 anuales por su trabajo en la reducción, y a las ordenanzas dictadas por el visitador Novoa Salgada en 1675, los religiosos impusieron en Boruca su propio fuero de exigencias pecuniarias, justificados en una información que el Rey pidió en 1709 a la Audiencia de Guatemala para establecer un tributo a los borucas:

“... a cada uno de los que se hallasen en edad para ello con tres libras de pita cada año, que a cuatro reales por libra importarían mil quinientos pesos, de cuyo producto se podría señalar quinientos pesos a un misionero de continua asistencia, otros quinientos pesos para mi Real hacienda y los restantes a la manutención de un teniente de gobernador puesto por el de Costa Rica, para que éste los gobernase en vida civil y política”.

Aunque el Rey no resolvió el asunto, eso bastó para que los frailes obligaran al pueblo a entregarles un pago que nunca estuvo a derecho, muestra de sus verdaderas intenciones es que se opusieron a que en el pueblo hubiera un Teniente de Gobernador nombrado en Cartago, que tampoco sería gran alivio pero los religiosos habían llegado a un punto en que no toleraban interferencias.

El 29 de diciembre de 1728 el gobernador D. Baltasar Francisco de Valderrama y Aro nombró a Francisco Morales como Teniente de Gobernador de Quepo, Térraba y Boruca pero los religiosos lo boicotearon abiertamente, y cuando el militar llegó a la reducción los misioneros sublevaron a los indios haciéndolos retirarse a las montañas hasta que el otro tuvo que regresar a Cartago, incluso en Cartago fray Gregorio José Morales intentó asesinar al Gobernador con un puñal. La Audiencia de Guatemala desterró al fraile, pero no resolvió sobre el nombramiento de la autoridad en Boruca.

Se dijo que Boruca producía un considerable ingreso de recursos económicos que podían significar el puesto de Ministro Provincial y estar al frente de la Provincia de San Jorge en León, que como se sabe abarcaba Costa Rica y Panamá. Eso se decía de los dos últimos reductores que estuvieron en Boruca antes de 1737, porque lo lograron, la misma intención del que estaba ese año según algunos.

Parece que en 1723 la mano que recogía los tributos borucas llegaba hasta León porque según un testigo, el fraile que envió el Ministro no pasaba de ser su criado aunque fuera con título de Doctrinero, quien recibía de pago los \$ 8 dispuestos por Guatemala pero se le entregaban en géneros borucas. Según el mismo testigo los frailes estaban más dedicados a los asuntos temporales que a su verdadera misión, ya que ni siquiera atendían las necesidades espirituales de los borucas porque era:

“... público y notorio (que) no se les administra el Santo Sacramento de la Penitencia por no ser los dichos Padres reductores lenguaraces en su idioma, y solo se les dice misa y se les da la extremaunción, y si algunos se confiesan son los pasajeros yentes y vinientes y algunos indios que hablan la lengua castellana y no llegan a diez, habiendo en aquel dicho pueblo de Boruca y otro su contiguo que llaman San Francisco de Térraba, más de ochocientos indios”.

La normativa que regía una reducción indígena procuraba el beneficio moral y económico de la comunidad, con ese objeto se prohibía la permanencia en ella de españoles, negros, mulatos o mestizos. Algunos franciscanos hicieron lo posible por cumplir esos objetivos en Boruca como el caso del ya citado fray de Aguiar y de la Torre, también fray Miguel Bermúdez de Aguilar, pero otros llegaron con el objeto de lucrar con su profesión, dejando de lado los escrúpulos y estuvieron a punto aniquilar el pueblo como sucedió con San Bernardino de Quepo.

En abril de 1736 Valderrama entregó la Gobernación y un año más tarde un negro esclavo de su propiedad se fugó y no paró de huir hasta que pudo llegar a Boruca, donde fue detenido y puesto a buen recaudo para su desgracia. Seguramente por consideración a su dueño dejaron transcurrir varios meses antes de remitirlo a Cartago, custodiado por dos indios junto con una cuenta para Valderrama por \$ 50 por la estadía del negro, más el pago de \$ 8 a cada indio por el viaje.

Algunas expoliaciones a que fueron sometieron a los borucas se conocieron, por ejemplo cada año el pueblo debía sembrar para el doctrinero dos milpas de maíz y dos frijolares por cuyo trabajo no les pagaba nada, luego debían llevar el grano sobre sus espaldas hasta Las Ca-

<sup>78</sup> ESPINOZA I.F. de (1742): El Peregrino Septentrional Atlante Fr. — A. MARGIL DE JESÚS, J.T. LUCAS Impresor, Valencia, España, p. 70.

ñas<sup>79</sup> y embarcarlo en canoas hasta Nicoya buscando el mercado nicaragüense. Aunque pudo haber otra razón para eso, ya que entonces existía un activo contrabando en canoas entre la isla Taboga en Panamá y la margen derecha de la boca del río Tempisque, donde ofrecían hasta vino para oficiar y otras cosas precisas y necesarias.

Además de los cultivos mencionados, los borucas debían entregarle todas las semanas una ración completa, para la celebración de la Pascua el fraile se instalaba en la iglesia y:

“... manda poner junto a sí una petaca y en ella vamos ofreciendo unos el hilo morado, otros la pita y otros el cacao y acabado esto el Padre manda llevar la petaca a su Convento“.

Cuando se daba el santoral de algunos vecinos el fraile oficiaba una misa por el santo respectivo, por la cual obligaba a pagar a cada uno de los favorecidos una onza de hilo morado, tanto hombres como mujeres. Comerciar con hilo morado era lo más lucrativo para el religioso por lo que insistía en su obtención, cuando se agotaban los motivos para exigirlo ofrecía pagar por él aunque después lo hiciera con machetes y otros géneros por crecidos precios.

En otras ocasiones era más agresivo:

“... cada vez que se llama a la Doctrina, salido de ella, se les reparte a los Indios e Indias por dicho nuestro Padre Cura trabajo en que cada uno ha de entender y solo se les da la comida. Mándase fabricar por dicho Padre Cura Naranjo en aquella costa canoas a que asistimos con nuestros trabajos personales y las más veces no se nos paga, ayudándolas a llevar a vender a dicho Pueblo de Nicoya, Chiriquí y otras partes, y cuando pedimos la paga que nos ha ofrecido dicho nuestro Cura en estos ejercicios y trabajos, no sólo no nos la da sino que enojado por ello nos trata mal de palabras diciéndonos que somos unos perros, manda amarrar a los pilares del Convento los Indios y allí los manda castigar no perdonando en estos castigos ni aun a los justicias del Pueblo“.

“Cuando llegaron a Cartago algunos borucas para juramentarse como autoridades de su pueblo a principios de 1737, informaron que en el mar quedaron tres canoas con veintisiete indios tiñendo hilo para el cura allá por las costas de Veragua“.

Una muestra del valor económico del hilo en esos años lo representa una canoa que llegó a Caldera procedente de Boruca, cargada con trescientas libras de hilo morado. Si los indios valoraban la libra de hilo en su pueblo a \$ 3, la misma carga en Cartago en 1737 debe haber producido una suma respetable en manos de intermediarios.

Otro recurso para lograr ganancias era contratar con los viajeros que iban a Panamá o viceversa, los servicios de algunos para ayudar en el arreo de las recuas de mulas o como guías, en estos casos el religioso cobraba por el trabajo de cada uno \$ 8, luego entregaba a estos un machete que a lo sumo valdría \$ 4. Cuando se trataba de arrear mulas de los propios franciscanos desde León en Nicaragua hasta Chiriquí, únicamente les pagaban \$ 1 o \$ 2 en especie, para lo cual el fraile estaba bien apertrechado de toda clase de géneros para la venta:

“... los envían a Chiriquí de la Gobernación de Veragua por alquileres en partidas de quince a veinte indios, y esto dos veces cada año quedándose con el sudor y trabajo de aquellos pobres miserables, pues si se les paga es en ropa de la tierra y sombreros de paja que por granjería llevan allí“.

Otro recurso era comprar los esclavos bribbris en manos de los borucas aprovechándose de una mala situación de éstos, para después enviarlos a vender a Nicaragua.

En los alrededores de Boruca existieron hatos pertenecientes a cofradías cartaginesas atendidos por los borucas, que significaban una inversión lucrativa para tales instituciones religiosas. Había uno de la Cofradía del Santísimo Sacramento, otro de Nuestra Señora de la Purísima Concepción que estuvo por los Bajos de Cola de Gallo cerca de Piedra Dibujada en la margen derecha del río Grande de Térraba. El hato de las Animas Benditas estaba en la margen izquierda del río, en el sitio Paraíso, y al pie de la cordillera al norte del Hato Viejo (Buenos Aires) el de Nuestra Señora de Ujarrás. Cada hato tenía sus mayordomos y oficiales y en las fechas de celebrar cada patronato los frailes lo hacían con mucho aparato.

Entonces el doctrinero exigía al pueblo el pago anual de \$ 785 y 6 ½ reales en misas para las Cofradías, que necesariamente debían cubrir en especie como hilo morado, telas y mantas. Además obligaba a sembrar para cada Cofradía dos milpas de maíz, las que debían dar de 30 a 40 fanegas del grano por lo que reconocía al pueblo únicamente \$ 3, los que tomaba a cuenta de las misas de la cofradía respectiva.

El principal franciscano sindicado en estos abusos era fray José Naranjo, que sin duda acumuló un capital a costa de los borucas, en 1735 el alanjeño Francisco Félix García, activo comerciante y usuario del Camino de Mulas, declaró en su testamento que debía entregarse en su nombre \$ 250 a fray José Naranjo.<sup>80</sup>

<sup>79</sup> Hoy Palmar Norte de Osa

<sup>80</sup> MOLINA CASTILLO M.J.D. (2002): Historia y Sociedad. — Editorial Librepensador, Panamá, p. 276, un resumen de las acusaciones contra fray Naranjo puede verse en Pérez Zeledón, Pedro, “El pueblo de San Bernardino de Quepo”, en Revista del Archivo Nacional, Año IV<sup>o</sup>, No 11 y 12, 1940, ps. 585-588.

No todos los miembros de la Orden estaban de acuerdo con lo que sucedía en Boruca, porque cuando llegó fray Joseph de San Antonio Cevallos como doctrinero y observó los abusos:

“... dijo venirse huyendo, porque no se lo llevarsen los Diablos“.

Hasta del destino de los bienes de los viajeros que morían de camino a causa de haber sufrido mil perances en viaje tan duro, daba pie para manifestar que:

“... muchos de dichos traficantes como de los que vienen de dicho Reino de Tierra Firme para estas Provincias, mueren en aquellos pueblos sin saberse que se hace de sus bienes como acaeció en tiempos pasados“.

Tanto desafuero hizo intervenir a la Audiencia de Guatemala que ordenó una investigación en Boruca, la que emprendieron de buena gana las autoridades civiles. Además la iglesia no permanecía insensible, tanto que en 1739 el propio Obispo de la Diócesis de Nicaragua y Costa Rica Zatarain se propuso visitar Boruca junto con el Gobernador Carrandí y Menán, algo desusado, desgraciadamente el viaje no se realizó.

A pesar de las situaciones expresadas, los frailes llegaron a tener siempre dominio sobre los borucas, aunque los excesos de los misioneros los agotaron:

“... a causa de estos crecidos trabajos y malos tratamientos se hallan fuera de nuestro Pueblo muchos indios fugitivos, unos en la jurisdicción de Nicoya, otros en Chiriquí y otros en punta de Burica y otros parajes de aquella costa, y algunos de dichos Indios llevándose sus mujeres e hijos“.

A partir del establecimiento de la reducción en 1675 se da un aumento de la población hasta llegar a un máximo con más de cien familias en 1719, pero a partir de aquí se inicia el derrumbe de la población de Boruca por los hechos mencionados. El proceso de aniquilación fue paliado por las autoridades a partir de 1740, que de no haber sucedido tal vez habría significado el fin del pueblo.

Ayudó a detener ese proceso fatal la vuelta de los frailes recoletos a San Francisco de Térraba en 1742,

más ortodoxos en la disciplina misionera y discretos respecto al trabajo de los indios, puesto que mantenían un foco de oposición a los observantes en el área.

Fueron justas las palabras del obispo Garret y Arloví.

“... aquellos miserables de Boruca no son tiernos discípulos a quienes se enseña la ley de Dios, sino infelices esclavos que con sudores sangrientos sirven a la codicia y al interés“.

Es evidente que la Orden de los Observantes de la Provincia de San Jorge entró en un período de marcado abandono de sus quehaceres religiosos, muy lamentable por haberse destacado desde las jornadas de la Conquista como esforzados luchadores por la evangelización. Probablemente el hecho de haberse mantenido como los únicos administradores de las misiones y doctrinas en Costa Rica les hizo perder los vigos de años atrás, ya que se limitaron a vegetar en Ujarrás, Barba, Aserrí, Curridabat, etc. Los abusos en Boruca fueron parte de los desaciertos que más tarde harían crisis dentro de la Orden, que la llevó a su extinción a principios del siglo XIX.

## Eje Coto-Boruca

Las fuentes históricas no documentan conflictos entre Boruca y Coto, antes bien mostraron trato de aliados que se aprecia desde fines de febrero de 1563, cuando los caciques de Coto dieron la obediencia a Vázquez de Coronado y pidieron ayuda contra Cia, mientras que un día después acudió a su presencia Xiriara, “cacique de Turucaca y Borucaca”, para lo mismo<sup>81</sup>.

La afinidad entre cotos y borucas la ratifica el propio Vázquez al tratarlos como un solo pueblo:

“... después de haber dado la obediencia los dichos caciques y principales del dicho pueblo de Couto y Turucaca“<sup>82</sup>.

Otro rasgo en que un mismo cacique se desempeña como tal en Coto y Boruca, por caso el 20 de marzo de 1563 se menciona un cacique en Coto llamado Guaibi<sup>83</sup> que seis años más tarde aparece cacique de Boruca, Guayabi<sup>84</sup>.

Coto no estaba lejos de Boruca, compartían una vocación guerrera y un territorio delimitado entre sí por el río Diquís. Una acción conjunta fue el despoblamiento de Sierpe según las tradiciones, pero un caso documentado en 1611 fue el ataque de ambos a Santiago de Alanje en Chiriquí, donde causaron graves daños a los vecinos de esa ciudad<sup>85</sup>. En 1620 se menciona que cotos y borucas mantienen guerra y “gran enemistad” con la gente del río Tériba<sup>86</sup>, cerca de Bocas del Toro. En 1648 se indica que ambos grupos mantenían un control sobre el Camino de Mulas, lo que probablemente lo habían hecho secularmente:

<sup>81</sup> “Toma de posesión de los pueblos de Turucaca y Borucaca y del Valle del Guaymí”, en FERNÁNDEZ (1886), IV<sup>o</sup>, p. 219.

<sup>82</sup> “Probanza hecha a pedimento de Juan Vázquez de Coronado acerca de sus méritos y servicios”, en FERNÁNDEZ (1886), IV<sup>o</sup>, p. 232.

<sup>83</sup> “Testimonio de cómo se restituyó la hermana del Cacique y otras mozas a instancia de Juan Vázquez de Coronado”, en FERNÁNDEZ (1886), IV<sup>o</sup>, p. 221.

<sup>84</sup> “Autos sobre repartimiento de los indios de Costa Rica”, en FERNÁNDEZ (1886), V<sup>o</sup>, p. 24.

<sup>85</sup> CASTILLERO CALVO A. (1978): Economía Terciaria y Sociedad en Panamá en los siglos XVI y XVII. — Memoria del Congreso sobre el mundo centroamericano de su tiempo, V<sup>o</sup> Centenario de Gonzalo Fernández de Oviedo, Comisión Nacional Organizadora: p. 359.

<sup>86</sup> “Carta del Obispo de Panamá y relación sobre Veragua”, en FERNÁNDEZ (1886), V<sup>o</sup>, p. 244.

“... las mulas que de la provincia de Nicaragua llevan al reino de Panamá ...va a merced de los indios Borucas y Cotos, llevándoles dones y dijés de que hacen ostentación, por el buen trato”<sup>87</sup>.

Creemos que la relación entre Coctú y Boruca era similar a la bribri y cabécar, o sea la interacción entre grupos con un mismo origen relativamente cercano en el tiempo pero que han alcanzado rasgos que les identifican como etnia. Compartían la visión cósmica del universo, el rango de sus autoridades y seguramente algunos aspectos claves articulaban una alianza que les hacía aparecer como un solo pueblo, pero que con el tiempo se desprendieron uno del otro no siendo extraño que hasta combatieran entre sí, como los bribbrís-cabécares contra los teribes.

La base era la organización social, probablemente dividida en dos grupos, cuyos troncos primitivos se perdieron en la noche de los tiempos, donde los hombres de un grupo no podían allegarse con mujeres de su propio clan, en este caso su familia, sino que escogían sus compañeras en el clan opuesto, donde los derechos de familia eran transmitidos por las mujeres, o sea los hijos de un matrimonio pertenecían a la familia de su madre.

### Cómo sobrevivió Boruca?

Boruca es la comunidad más antigua de Costa Rica, resistió el periodo de la colonia en tanto sus vecinos se extinguieron, sin duda desarrolló mecanismos para soportar la desintegración de su contexto social pues es el único pueblo en mantenerse de los existentes en la región en el siglo XVI, pues los actuales son exógenas a la región, exceptuando Curré.

Diversas pueden ser las razones, pero hubo algo en verdad trascendente que contribuyó a que Boruca no desapareciera. Cuando se instalaron los Observantes se dio la llegada de Vrimer, el “Cacique q’ salio de la montaña”<sup>88</sup>, que se instaló como autoridad transmitiendo el rango a sus descendientes. Porqué alguien ajeno asumió el poder en Boruca?

La fecha precisa de este suceso no se conoce pero nos parece que la figura de Vrimer está ligada a la presencia del Cap. Juan Alvarez de Ulate ya citado. Además de liquidar a los chánguenes, Alvarez aprovechó para visitar el valle conocido como de El General, única referencia de alguna presencia española en ese lugar, en donde encontró unas quinientas familias en “un valle oculto y cerrado”, en la “medianía de Quepo y Boruca”<sup>89</sup>. Manifiesta la importancia de reducir las sin consignar nada más, pero parece que no regresó a Boruca con las manos vacías, él mismo escribió:

“... he sacado algunas familias que tuve noticia había en la montaña, y las puse en la poblazón de Boruca y les nombré alcaldes y regidores”.

A partir de estas fechas está radicado en Boruca un grupo nunca mencionado antes, los abubaes, al cual le hicieron una ermita bajo la advocación de San Miguel contando con veintidós viviendas<sup>90</sup>. Presumimos que tales abubaes fueron llevados forzosamente desde El General, y que su cacique era Vrimer al que mantuvieron las prerrogativas del mando según norma de los españoles a lo largo de la Colonia. Suponemos que fue asimilado en Boruca como jerarca porque probablemente su autoridad estaba vinculada al antiguo grupo que pobló el valle de El General, uno de cuyos vestigios pudo ser el Panteón de la Reina descrito por el Lic. Pérez Zeledón en 1908<sup>91</sup>. En el Padrón de los Pueblos Indígenas de 1682 existe una nota agregada que dice:

“... no se sabe el número de indios Borucas y Abubaes por no estar todos reducidos, pero voluntariamente dan reconocimiento en cacao a la Corona”<sup>92</sup>.

Después desaparecieron los Abubaes de las fuentes pues no vuelven a ser mencionados, probablemente porque fueron asimilados por sus nuevos vecinos, la aparición de Vrimer no resulta contradictoria con la jerarquía local en Boruca, que existía en 1703:

“... tienen siete viejos que ellos llaman Cavanés y otro Cavan de Cavanés, a nuestro modo obispo”<sup>93</sup>.

La figura de este Caván de Cavanés sugiere que podría tratarse de un homólogo del usékar talamancaño o alguien vinculado a lo que significó tal jerarquía, lo que ayudaría a explicar en parte la sobre vivencia de Boruca. Según Pittier para los borucas “kabán” significa “sacerdote católico”<sup>94</sup>, pero creemos que se trata de un arcaísmo asimilado al “misionero reductor” del siglo XVII, en vista de que la nueva autoridad conjugaba lo político con lo mágico, como en los caciques del pasado. La cita no aclara si el Caván de Cavanés era otro anciano, pero suponemos que este consejo administró Boruca hasta entronizar a Vrimer y sus descendientes, o encontraron el medio para compartir el poder ambas instituciones. No en balde la misma fuente menciona que a pesar de haber transcurrido más de sesenta años de que entraban y salían religiosos de Boruca:

<sup>87</sup> “Proposición de don Francisco Núñez de Termino para conquistar la Talamanca”, en FERNÁNDEZ (1886), Vº, p. 332.

<sup>88</sup> Archivo Arquidiocesano Bernardo Augusto Thiel, Serie Fondos Antiguos, Caja 10, folio 276

<sup>89</sup> “Carta de Juan Alvarez de Ulate”, en FERNÁNDEZ, Vº, ps. 366 y 367

<sup>90</sup> DE LA TORRE G. (1907): Informe del Ministro Provincial de San Francisco. — En FERNÁNDEZ (1907), VIIIº, ps. 421–426.

<sup>91</sup> PÉREZ ZELEDÓN P. (1907-08): Informes presentados a la Secretaría de Fomento acerca de las llanuras de Pirrís y Valle del Río General o Grande de Térraba. — Tipografía Nacional: ps. 28 y 29.

<sup>92</sup> Citado en QUIRÓS C. (1990), La Era de la Encomienda, EUCR, p. 234.

<sup>93</sup> “Don Francisco Serrano de Reyna, Gobernador de Costa Rica, al Presidente de la Audiencia de Guatemala sobre la reducción de Talamanca”, en PERALTA (1886), Costa Rica y Colombia de 1573 a 1881..., p. 113.

<sup>94</sup> PITTIER H. (1941): Materiales para el ..., p. 27.

“... se hallan hoy como el primer día, usando de sus ritos e idolatrías“.

Es posible que Vrimer fuera ya un cabán de cabanes en su lugar de origen, lo que explicaría su integración sin generar conflicto, si así fuera pertenecía a un grupo afín a los borucas del que desgraciadamente nada sabemos. Un documento de 1719 indica que el Cacique Principal de Boruca era Don Andrés de Leiva<sup>95</sup>, quien contaba con cincuenta años de edad, por lo que debió haber nacido por ahí de 1670, lo que sugiere que era Vrimer cuyos nietos Paulino, Gabriel y Felipe eran los únicos que recibían el trato de Don en Boruca en 1802<sup>96</sup>.

Esto es parte de la simbiosis étnica puesta en práctica por los españoles, ejecutada con la ayuda de franciscanos observantes, para lograr que Boruca no desapareciera para mantener alguna población en el desolado Sureste. Otra gente que se integró fue el resto de la antigua reducción de San Bernardino de Quepo, otrora poblada pero al ser encomendado a la Corona en 1569 significó una extinción prematura. En 1739 un religioso afirma que llegó a tener:

“... un hatillo de ganado muy bueno, de hermoso ganado y lucido, de lo cual tengo noticia no quedó rastro y según me han dicho que hasta la campana se la han llevado a Boruca“<sup>97</sup>.

Finalmente el Gobernador manifestó en carta a la Audiencia del 15 de mayo de 1749 que fray Juan Montoya, reductor de Boruca, había trasladado a aquel pueblo los pocos habitantes que tenía Quepo, despoblado desde entonces<sup>98</sup>. Luego de estudiar su lengua, Pittier afirmó que:

“... el pueblo de Boruca no existía en su actual forma. Los misioneros fueron los que reunieron la gente en un solo lugar. Tampoco son los actuales brunka descen-



**Fig. 11:** Boruca, febrero de 1914<sup>102</sup>.

dientes todos de una sola tribu, sino de los restos del conjunto que existen entre los Quepos y la península de Osa“<sup>99</sup>.

Luego reitera:

“... la actual tribu de Boruca fue primitivamente una amalgama de los restos de otras parcialidades“.

“... Originalmente, los contingentes importados fueron localizados cada uno en parte distinta del pequeño valle y no se mezclaron sino muy gradualmente. En los tiempos de mi permanencia<sup>100</sup> había recogido indicios todavía existentes de esa antigua separación en grupos“<sup>101</sup>.

Pero los borucas se mantuvieron estoicos soportando los años más duros de la Reducción, asegurando la existencia de su pueblo mediante sus tradiciones y ritos ancestrales en los que se refugiaron en los momentos difíciles, algunos de los cuales se mantienen. Pudiera ser que estos aportes además de otros no documentados, revitalizaran culturalmente a Boruca hasta el presente.

### Guaycara-Cía

Luego de visitar Coto, Gil González Dávila se dirigió a un lugar llamado Guaycara, nombre que nunca se volvió a citar pero que identificamos con el actual Buenos Aires. En lengua brunka el nombre de este lugar era “Cuárara” según escribió Thiel en 1882<sup>103</sup>, más recientemente los lingüistas lo consignan como “Cuá<sup>v</sup>dra” según Constenla<sup>104</sup> y “Cuá<sup>v</sup>drá” por Quesada<sup>105</sup>. Opinamos que el término consignado como Guaycara en 1522 es consonante con los tres referidos que significan lo mismo.

En 1563 el lugar es llamado Cia, vocablo consonante con la voz brunka que significa “fuego” según Pittier<sup>106</sup>, una eventual razón puede ser que esta gente compartía con los cotos la táctica de dar fuego a la sabana por

<sup>95</sup> Archivo Nacional de Costa Rica, Serie Cartago, Expediente N° 222

<sup>96</sup> “Padrón gral. que comprende el numero de almas que componen la Reducción de la Inmaculada Concepción de Boruca, con distinción de estados, edad, y clases con sus nombres, Año 1802”, en Archivo Arquidiocesano Dr. Bernardo Augusto Thiel, Serie Fondos Antiguos, Caja 10, folios 276–278 vuelto

<sup>97</sup> “Fragmentos de autos hechos sobre la población de Boruca, ruina de los pueblos de Quepo y Téxaba y exacciones cometidas por el cura doctrinero de Boruca”, en FERNÁNDEZ (1907), IX<sup>o</sup>, p. 360.

<sup>98</sup> FERNÁNDEZ (1975): Historia de Costa Rica..., p. 183.

<sup>99</sup> PITTIER H. (1897): “Páginas de”..., p. 126.

<sup>100</sup> Entre 1892 y 1896

<sup>101</sup> PITTIER H. (1941): Materiales para el ..., p. 10.

<sup>102</sup> AMANDO CÉSPEDES MARÍN A. (1923): Crónicas de la Visita Oficial y Diocesana al Guatuso.— Imprenta Lehmann (Sauter & Cía.): p. 160.

<sup>103</sup> Apuntes lexicográficos de las Lenguas y Dialectos de los Indios de Costa Rica. Reunidos y alfabéticamente dispuestos por Bernardo Augusto Thiel, Obispo de Costa Rica. — Imprenta Nacional, 1882, p. 73.

<sup>104</sup> CONSTENLA UMAÑA A. (1979): Leyendas y Tradiciones Borucas. — Editorial Universidad de Costa Rica, p. 159.

<sup>105</sup> QUESADA PACHECO M.A. & C. ROJAS CHÁVES (1999): Diccionario Boruca-Español Español-Boruca. — EUCR: p. 123.

<sup>106</sup> PITTIER H. (1941): Materiales para el estudio..., p. 58.



**Fig. 12:** Buenos Aires en 1871, arriba del pueblo se observan restos de los montículos de lo que debió ser Cía<sup>110</sup>.

ataque o defensa, como refiere Vázquez de Coronado que sucedió a sus soldados al atacar el fuerte de Coto:

“... retruxerónse un tiro de arcabuz atrás, adonde los indios los quisieron quemar poniendo fuego a la sabana para con más facilidad poderlos entrar”<sup>107</sup>

Probablemente en Cía dominaban muy bien esta técnica, y de ahí su nombre temporal. La historiadora Chacón de Umaña estableció que este sitio corresponde con Buenos Aires, ocupado por las huestes de Vázquez de Coronado cuando fundaron Nueva Cartago, que a duras penas existió un mes<sup>108</sup>.

Según Vázquez era “provincia”, aunque en 1569 no se indica que sea palenque, solamente que su cacique era Quizizara y que contiguo existía otro pueblo llamado Uriaba<sup>109</sup>. Ambas comunidades desaparecieron después del momento del contacto, siendo de lamentar su fragilidad.

Los restos del sitio permanecieron ignorados hasta que en su visita a Buenos Aires en febrero de 1891, Pittier observó:

“... En la vecindad se ven varios vestigios de edificios antiguos, testigos de una población que en remota época existió aquí y cuya importancia está comprobada por las sepulturas innumerables que se encuentran en

toda la región circunvecina. Mucho he sentido no poder consagrar más tiempo al estudio de estos restos ... Se me ha asegurado por varias personas, que las excavaciones hechas han proporcionado muchos muñecos y alhajas de oro, y que muy a menudo se encuentran cráneos todavía bien conservados”<sup>111</sup>.

Cinco años más tarde agregó:

“... He creído primero que se trataba de alguna gran población de indios, aniquilada por los españoles. Pero varias consideraciones me inducen a alejar esta suposición”.

“Aquellos restos consisten en varios cimientos cuadrados, cuyo interior estuvo primitivamente empedrado, y que están rodeados por gran número de pavimentos más pequeños en forma de media luna, dispuestos en líneas más o menos regulares y orientados todos del mismo modo. Vestigios todavía evidentes de antiguas paredes demuestran que estos pavimentos guarnecían las puertas de chozas pequeñas, circulares como las construyeron todavía los indios de la región”.

“Los cimientos grandes, un poco realzados encima del nivel general de la llanura, tienen todas las apariencias de haber sido partes de antiguos edificios españoles. Un empedrado de dibujos muy raros, de forma rectangular y orientado de este a oeste, que se encuentra hacia la extremidad septentrional de las ruinas, bien puede haber pertenecido a una capilla, tanto más cuanto que varios entierros se ven en su proximidad. Del lado opuesto y a alguna distancia hacia el sur está otro cementerio, donde centenares de tumbas se encuentran apiñadas y sobrepuestas del modo más extraño”.

“Es plausible la suposición de que nos hallamos en presencia de una de las famosas ciudades de los conquistadores, tal vez de Nombre de Jesús, que el señor Peralta coloca algunas leguas más al sur, en los despeñaderos de la Boca de Limón. Los edificios grandes y cuadrados eran las casas de los españoles, y en las chozas vivían los indios, sus parciales. Alrededor de la capilla estaba el Campo Santo de los jefes, mientras que el otro cementerio era el último reposo de la plebe, pues todos los objetos preciados encontrados en Hato Viejo vienen del

<sup>107</sup> “A. S. M. el Rey D. Felipe II”, en FERNÁNDEZ GUARDIA, Cartas de Juan Vázquez..., p. 47

<sup>108</sup> CHACÓN DE UMAÑA, L.A.: Buenos Aires, Cantón de Puntarenas, Apuntes para su Historia. — Revista del Archivo Nacional, Años XLIV al L, 1980 a 1986, ps. 34 y 35.

<sup>109</sup> “Autos sobre repartimiento de los indios de Costa Rica”, en FERNÁNDEZ L. (1886), Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica, Tomo Vº, París, p. 24.

<sup>110</sup> Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, El Album de Figueroa, Índice de las Transparencias, Siglo XIX, Mapas (XVII) 15 (detalle)

<sup>111</sup> PITTIER H. (1892): Viaje de exploración al Valle del Río Grande de Térraba. — Anales del Instituto Físico Geográfico y del Museo Nacional, Tomo IIIº, Tipografía Nacional: 59–100.

primer lugar, y en el segundo no he hallado sino alfarearía muy ordinaria. A favor de esta hipótesis mía, recordaré el hecho conocido de que por lo general, los indios de Costa Rica no vivían voluntariamente aglomerados, sino como hoy todavía, en casas muy apartadas unas de otras<sup>112</sup>.

Pittier no fue el único que se refirió a aquellos vestigios, el paulino alemán Krautwig observó en 1899:

“... hay en estas llanuras unos 12 cuadrados de 50 varas cuadradas, elevados unos 3 pies de alto formados de tierra amontonada, rodeados con una muralla de piedras del río de 2 pies de ancho y 3 de alto, esta muralla no servía para otra cosa sino para asegurar la tierra del elevado cuadrado, el cuadrado mismo es muy bien trazado, llano, limpio, en algunos hay en los rincones un sepulcro, en otros nada, todo bien conservado como los indios lo dejaron. Estos cuadrados tienen a veces 4 entradas, a veces 2, estas entradas son formadas por piedras con todo orden, puestas algunas veces en forma de cruz, todo intacto. Al lado de un cuadrado hay otro pequeño, entre los dos hay una entrada linda, y en el pequeño cuadrado en medio un sepulcro grande. ¿Qué pensar de todo esto? No hay ninguna tradición, ni entre los de Térraba“.

“... he visitado varias veces todo esto, me he ido a los cerros cercanos, no se cómo explicarme el silencio de la historia y tantos sepulcros y estos cuadrados bien formados, me parece a mí que todo es del tiempo antes de la conquista, que ha habido pestes de que murieron y que estos cuadrados eran el sitio en que los principales tenían su casa, y que los indios tenían la costumbre, como los guatusos, de enterrar a los muertos en la casa misma o cerca de ella, y que el resto de los indios cuando se acercaron los primeros blancos, se huyeron dejando sus tierras y así quedó un desierto, un grande panteón<sup>113</sup>.”

También el Lic. Pérez Zeledón observó uno de los montículos en 1908:

“... En la sabana de Buenos Aires, cerca del origen de la quebrada del pueblo, hay otro cementerio que no ha sido excavado el cual está formado por un cuadrado perfecto que mide treinta y cinco metros por lado, mira al oriente y en el centro de ese lado hay un empedrado en declive que le sirve de entrada. Forma un solo plano horizontal poco elevado del suelo y separado de éste por

un bonito muro de piedra, en medio del cual ha ubicado su rancho de habitación un panameño<sup>114</sup>.”

La Dra. Doris Stone publicó una historia de origen cabécar que llamó “La guerra de los Chánguinas con los Talamancas”<sup>115</sup>, que describe un enfrentamiento en las sabanas del Pacífico entre contendientes de ambas vertientes que denomina “chánguinas” y “cabécares”, que por el simbolismo tradicional se reduce a una lucha entre los jefes de mayor rango triunfando el grupo narrador de la contienda, los cabécares. Nos parece que refiere un suceso verosímil acaecido probablemente en el siglo XVI previo al contacto con los españoles, cuando los sistemas sociales que ocupaban el curso medio del río Diquís tenían la presencia descrita por Vázquez de Coronado.

Según dicha versión los chánguinas, cotos para nosotros, fueron objeto de una prolongada guerra por parte de los “curanderos de Ujarrás”, la gente de Guaycara o Cia. Dudamos que estos fueran cabécares, nos parece que los llaman así por referencia al espacio que ocuparon cuando la reyerta, porque cuando la historia es referida quienes están ahí son los cabécares de Ujarrás, comunidad establecida a mediados del siglo XIX procedente del Alto Coén, extemporánea para el caso referido cuyo nombre proviene de un hato establecido por la excelente fuente de salitre de ahí, propiedad de una cofradía cartaginesa presente en aquella reducción, Ujarrás, administrado desde Boruca.

En la época de la versión de Stone, los “curanderos de Ujarrás” establecieron una alianza con los cabécares del Coén para ese aniquilar a los cotos, mientras estos se aliaron con los cabras. No sería extraño que el enfrentamiento se hubiera producido, y hasta es posible que los cabécares hayan salido bien librados, pero la eventual derrota no afectó la estructura cacical que conoció Vázquez de Coronado en 1563. Cotos y cabras desaparecieron mientras los cabécares existen para contar el cuento a su manera. La historia confirma los grupos mencionados en las fuentes del siglo XVI, asocia al “curandero” de los cotos con un asiento de oro y un tesoro dorado, índices de rango que sus enemigos no tenían, pero se observa que los borucas no fueran involucrados en la riña.

La versión es la siguiente.

“La guerra entre los chánguinas y los cabécares tuvo lugar durante tan largo tiempo que los curanderos de Ujarrás fueron a Talamanca en busca del mejor curandero. Se le conocía con el nombre de “el que enseñaba curanderos”. El curandero se convirtió a sí mismo en una combinación de jaguarrata. Los guerreros que le acompañaban trajeron flechas y se unieron a los de Ujarrás. El gran curandero quien se apareció como una rata hizo que sus compañeros de Talamanca lo transportasen so-

<sup>112</sup> PITTIER H. (1897): Páginas de un libro sobre la exploración del Valle del Diquís. — La Revista Nueva, N° 5, Enero 1897: p. 124.

<sup>113</sup> KRAUTWIG J.V. (1899): De Boruca. — El Eco Católico de Costa Rica, 14 octubre 1899, Año VII, N° 24: p. 194.

<sup>114</sup> PÉREZ ZELEDÓN P. (1907-8): Informes presentados a la Secretaría de Fomento acerca de Las llanuras de Pirrís y Valle del Río General o Grande de Térraba. — Tipografía Nacional: ps. 28 y 29.

<sup>115</sup> STONE D. (1961): Las tribus talamanqueñas de Costa Rica. — Museo Nacional de Costa Rica, Editorial Antonio Lehmann: ps. 108 y 109.

bre la cordillera en una jaula. El pueblo de Ujarrás vino a su encuentro y todos iban bien armados, incluyendo las mujeres“.

“Se encontraron con los chánguinas quienes se habían unido a los habitantes de Cabagra (bribris) al otro lado de Buenos Aires y entablaron un terrible combate. El curandero de Cabécar era más poderoso que el de Chánguina, y los cabécares siguieron prevaleciendo“.

“Los maltrechos chánguinas y cabagras (bribris) se metieron en una gran casa subterránea hecha de piedra labrada que les sirvió de fuerte. El enemigo los siguió empujándolos hacia adelante mientras se preparaba otro encuentro con los chánguinas y los cabagras“.

“El curandero de Talamanca caminó a la cabeza de todos y sus enemigos le permitieron sentarse. Reposó sobre un taburete que se quebró enseguida, así es que se sentó en uno de piedra con el cual sucedió lo mismo. Al ver esto el curandero de los chánguinas se fue atemorizando. Entonces se retiró a la fortaleza subterránea. Allí había una sierra que los chánguinas y cabagras usaban para cortarle la cabeza a la gente de Talamanca y Ujarrás. Luego recogían la sangre y se la bebían llamándola cacao. El curandero de las chánguinas quería cortarle la cabeza a su colega de Talamanca pero le faltaban fuerzas para hacerlo“.

“Entonces fue cuando entraron los guerreros de Talamanca y Ujarrás. Viendo a su curandero sentado sobre palos y piedras en vez de estado en asientos de oro, que tenían los chánguinas, procedieron con tanta furia que el enemigo se asustó. El curandero de los chánguinas agarró un asiento de oro en forma de caballo y por medio de recursos mágicos lo hizo volar con él a través de una puerta que estaba en el centro de un gran edificio“.

“El curandero talamanqueño también usó su habilidad mágica y voló en su persecución. Sin embargo, el chánguina, advirtiendo que el otro iba a darle alcance, descendió desde su gran altura y cayó en la laguna de Sierpe. Su enemigo, poseedor de un mayor poder, lo embrujó obligándolo a permanecer allí para siempre con su caballo dorado. Luego el vencedor regresó a dirigir a sus hombres en la batalla y a recibir la rendición de los chánguinas y los cabagras“.

“Como ellos sabían cual iba a ser el resultado de la contienda, se ocultaron y encerraron herméticamente el tesoro dorado antes de que pudiese ser capturado. El lugar que escogieron para esto se conoce hoy día con el nombre de “Tapón de Platanares” en la cumbre o cabeceras del río Chánguina“.

**Address of author:**

Claudio BARRANTES CARTÍN  
Municipalidad de Golfito  
Puntarenas  
Costa Rica

E-mail: claudiobarrantes@gmail.com

# ZOBODAT - [www.zobodat.at](http://www.zobodat.at)

Zoologisch-Botanische Datenbank/Zoological-Botanical Database

Digitale Literatur/Digital Literature

Zeitschrift/Journal: [Stapfia](#)

Jahr/Year: 2008

Band/Volume: [0088](#)

Autor(en)/Author(s): Barrantes Cartin Claudio

Artikel/Article: [Indigenous societies of the south east of Costa Rica, 15th century 609-630](#)